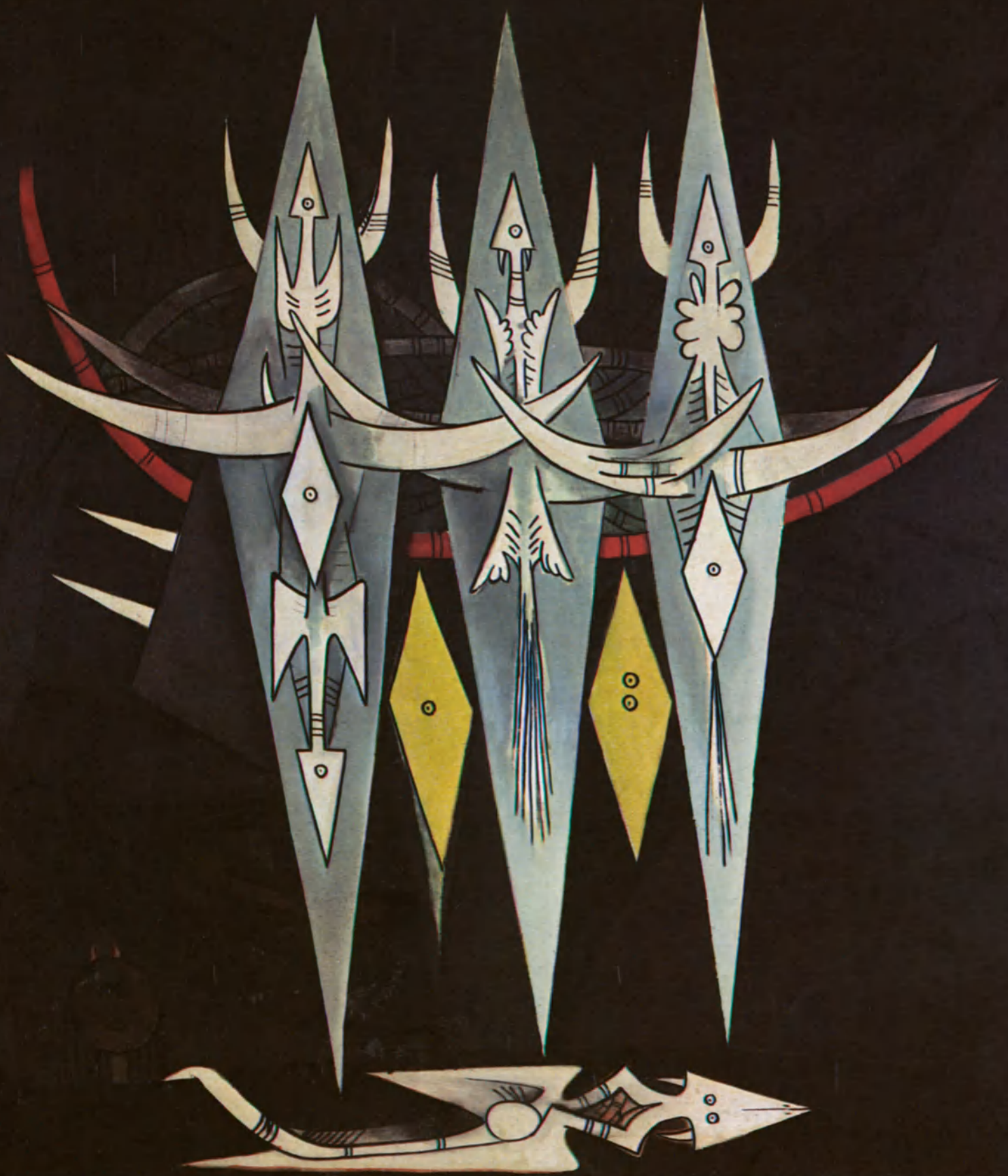


DICIEMBRE 1981 - 4,50 francos franceses (España : 95 pesetas)

El Correo de la unesco



El Caribe

Voces múltiples de un archipiélago mestizo



Foto José Oster © Museo del Hombre, París

TESOROS
DEL ARTE
MUNDIAL

168

Haití

Un asiento para Cristóbal Colón

Este asiento ceremonial o *duho* es un ejemplo característico de la escultura en madera de los indios taínos, una de las etnias autóctonas que poblaban el Caribe antes de la llegada de los españoles. Tallada en el bloque de un tronco de guayacán, la escultura representa un animal en movimiento, cuyo lomo curvo forma el asiento y su respaldo (longitud : 78 cm; altura máxima : 42 cm; anchura máxima : 30,3 cm). Cuando Cristóbal Colón llegó en 1492 a Santo Domingo (la Hispaniola, como él le llamó), los autóctonos le invitaron a sentarse en un *duho*, asiento reservado para los personajes de alto rango. El Descubridor llevó a España varios de esos asientos. Uno de ellos es seguramente el aquí reproducido que se conserva en el Museo del Hombre de París.

PUBLICADO EN 25 IDIOMAS

Español	Italiano	Turco	Esloveno
Inglés	Hindi	Urdu	Macedonio
Francés	Tamul	Catalán	Servio-croata
Ruso	Hebreo	Malayo	Chino
Alemán	Persa	Coreano	
Arabe	Portugués	Swahili	
Japonés	Neerlandés	Croata-servio	

Se publica también trimestralmente en braille, en español, inglés y francés

Publicación mensual de la UNESCO (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura)

Tarifas de suscripción :
un año : 44 francos (España : 950 pesetas)
dos años : 75 francos.
Tapas para 11 números : 32 francos.

Los artículos y fotografías que no llevan el signo © (copyright) pueden reproducirse siempre que se haga constar "De EL CORREO DE LA UNESCO", el número del que han sido tomados y el nombre del autor. Deberán enviarse a EL CORREO tres ejemplares de la revista o periódico que los publique. Las fotografías reproducibles serán facilitadas por la Redacción a quien las solicite por escrito. Los artículos firmados no expresan forzosamente la opinión de la Unesco ni de la Redacción de la revista. En cambio, los títulos y los pies de fotos son de la incumbencia exclusiva de esta última.

Redacción y distribución :
Unesco, place de Fontenoy, 75700 París

Jefe de redacción :
Jean Gaudin

Subjefe de redacción :
Olga Rödel

Secretaria de redacción :
Gillian Whitcomb

Redactores principales :

Español : Francisco Fernández-Santos (París)
Francés :
Inglés : Howard Brabyn (París)
Ruso :
Alemán : Werner Merkli (Berna)
Arabe : Abdel Moneim El Sawi (El Cairo)
Japonés : Kazuo Akao (Tokio)
Italiano : Mario Guidotti (Roma)
Hindi : Krishna Gopal (Delhi)
Tamul : M. Mohammed Mustafa (Madrás)
Hebreo : Alexander Broido (Tel-Aviv)
Persa : Samad Nurinejad (Teherán)
Portugués : Benedicto Silva (Rio de Janeiro)
Neerlandés : Paul Morren (Amberes)
Turco : Mefra Ilgazer (Estambul)
Urdu : Hakim Mohammed Said (Karachi)
Catalán : Joan Carreras i Martí (Barcelona)
Malayo : Bahador Shah (Kuala Lumpur)
Coreano : Lee Kwang-Young (Seúl)
Swahili : Domino Rutayebesibwa (Dar es-Salam)
Croata-servio, esloveno, macedonio y servio-croata : Punisa A. Pavlovich (Belgrado)
Chino : Shen Guofen (Pekín)
Braille : Frederick H. Potter (París)

Redactores adjuntos :

Español : Jorge Enrique Adoum
Francés :
Inglés : Roy Malkin

Documentación : Christiane Boucher
Ilustración : Ariane Bailey
Composición gráfica : Philippe Gentil

La correspondencia debe dirigirse al director de la revista.

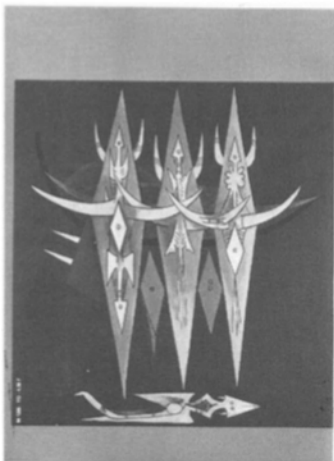
páginas

4	LO QUE EL CARIBE HA DADO AL MUNDO <i>por Alejo Carpentier</i>
10	LA PLANTACION, CRISOL DE LA SOCIEDAD ANTILLANA <i>por Manuel Moreno Fragnals</i>
14	TOUSSAINT LOUVERTURE, EL PRECURSOR <i>por René Depestre</i>
14	SIMON BOLIVAR Y SU VISION PROFETICA <i>por Manuel Maldonado-Denis</i>
16	UNA EJEMPLAR AVENTURA DE CIMARRONEO CULTURAL <i>por René Depestre</i>
21-28	OCHO PAGINAS EN COLOR
29	"FORJAR NUESTRA PROPIA HISTORIA" <i>por Marion Patrick Jones</i>
31	CALENDARIO LAGUNERO <i>por Aimé Césaire</i>
31	FERNANDO ORTIZ, PADRE DE LA ANTROPOLOGIA CUBANA <i>por Lisandro Otero</i>
32	UNA CULTURA CRIOLLA <i>por Edouard Glissant</i>
38	LA REVANCHA DE CALIBAN <i>por Roberto Fernández Retamar</i>
40	LA UNESCO Y EL CARIBE
41	JOSE MARTI, APOSTOL DE "NUESTRA AMERICA"
42	MARCUS GARVEY O EL SUEÑO AFRICANO <i>por Kenneth Ramchand</i>
43	EL REGGAE, EXPRESION MUSICAL DE UNA LIBERACION <i>por Sebastian Clarke</i>
2	TESOROS DEL ARTE MUNDIAL HAITI : Un asiento para Cristóbal Colón

Nuestra portada

Con la llegada de Cristóbal Colón y los españoles en 1492, se iniciaba en el Caribe, en medio de los dramas de la colonización y de la trata de negros, una aventura de mestizaje cultural en la que lo español y lo europeo occidental se iban a mezclar con lo indio y, sobre todo, lo negro para formar un conglomerado histórico que, en su abigarrada diversidad, mantiene la sólida unidad de unas vivencias y unas estructuras fundamentales. A esa gran empresa de fusión de las culturas que es el Caribe, en que la humanidad puede reconocer uno de los momentos más originales y fecundos de su historia y un signo de su porvenir, está dedicado este número de *El Correo de la Unesco* que, por razones de espacio, abarca sólo las Antillas, el archipiélago caribe, dejando de lado las zonas del continente americano que por su historia y su geografía pertenecen también al Caribe. En la portada, *Umbra* (1949-1950), óleo del pintor cubano Wifredo Lam.

Foto © Luc Joubert. Museo Nacional de Arte Moderno, París



Lo que el Caribe ha dado al mundo

por Alejo Carpentier

Foto Goursat © Rapho, Paris



EL Caribe ha desempeñado un papel privilegiado y único en la historia del continente americano y del mundo.

En primer lugar, allí se realiza el descubrimiento del paisaje americano, de la realidad de otras vegetaciones y de otras tierras que aparece en el diario de viaje de Cristóbal Colón. Con ese libro y con las cartas que Colón manda a los Reyes Católicos narrando sus viajes sucesivos, se instala América en las nociones del hombre y éste tiene por primera vez una noción cabal del mundo en que vive. Ya conoce su planeta, ya sabe que es redondo, lo va a explorar ahora a sabiendas de a dónde va. Por primera vez en la historia sabe él en qué mundo vive.

Este acontecimiento es tan trascendental y tan importante que hemos de decir que es el acontecimiento más importante de la historia. Porque existe en la historia universal un hombre anterior al descubrimiento de América y un hombre posterior al descubrimiento de América.

Ha sido descubierta América y, de repente, por una serie de circunstancias, nuestro suelo, y muy particularmente el suelo caribe, se vuelve el teatro de la primera simbiosis, del primer encuentro registrado en la historia entre tres razas que, como tales, no se habían encontrado nunca: la blanca de Europa, la india de América, que era una novedad total, y la africana que, si bien era conocida en Europa, era desconocida totalmente de este lado del Atlántico. Por lo tanto, una simbiosis monumental de tres razas de una importancia extraordinaria por su riqueza y su posibilidad de aportaciones culturales y que habría de crear una civilización enteramente original.

Ahora bien, apenas se ha llevado a cabo el descubrimiento y empieza a conocerse este Nuevo Mundo, como le llamaban, se produce un elemento negativo, que va a ser compensado con un elemento positivo.

ALEJO CÁRPENTIER, cubano, es uno de los principales novelistas de lengua española. Entre sus obras, traducidas a numerosos idiomas, cabe señalar *El Reino de este mundo*, *Los pasos perdidos*, *El acoso*, *El Siglo de las Luces*, *El recurso del método*, *Concierto barroco*, *La consagración de la primavera* y *El arpa y la sombra*. Es asimismo autor de una *Historia de la música en Cuba* y de gran número de artículos y ensayos sobre literatura y música latinoamericanas. Falleció en 1980. El texto que se publica en estas páginas recoge largos fragmentos de una intervención suya en la televisión cubana con ocasión de la celebración de Carifesta 79.



Mapa publicado en Amsterdam en 1662 que muestra claramente el arco formado por las islas del Caribe.

Foto © Jean-Loup Charmet, Biblioteca Nacional, París

LAS ANTILLAS

	Habitantes		Habitantes
ANTIGUA	74 000	MARTINICA	325 000
ANTILLAS HOLANDESES	246 000	MONTSERRAT	13 000
BAHAMAS	225 000	PUERTO RICO	3 317 000
BARBADOS	265 000	REPUBLICA DOMINICANA	5 124 000
BERMUDAS	58 000	SAN CRISTOBAL, NEVIS Y ANGUILA	67 000
CAIMANES (Islas)	12 000	SANTA LUCIA	113 000
CUBA	9 728 000	SAN VICENTE Y GRANADINAS	96 000
DOMINICA	81 000	TRINIDAD Y TOBAGO	1 133 000
GRANADA	97 000	TURCAS Y CAICOS (Islas)	6 000
GUADALUPE	330 000	VIRGENES (británicas, Islas)	12 000
HAITI	4 833 000	VIRGENES (estadounidenses, Islas)	104 000
JAMAICA	2 133 000		

Empecemos por el elemento negativo : la noción de colonización nace con el descubrimiento de América. Ya se sabe que antes de venir a América los españoles, esos otros navegantes extraordinarios que fueron los portugueses habían llegado a los confines de Asia, habían explorado lo que llamaban "las islas de las especias". Pero esos navegantes, portugueses principalmente, algunos ingleses y franceses, que pronto llegaron hasta la India y navegaron a lo largo de África, jamás pensaron en crear colonias en el sentido propio de la palabra. Ellos creaban unos almacenes de intercambio comercial, iban a buscar mercancías y ofrecían mercancías a cambio. Negociaban, comerciaban, podía haber puntos donde hubiera diez, doce, quince familias de colonos, que eran familias de los mismos empleados de

ese comercio, pero no había una noción de colonización.

España sí entra en América con esa noción. Y el primer gran colonizador que entra en América después del descubrimiento es el hijo primogénito de Cristóbal Colón, don Diego Colón, que llega nada menos que con su esposa, doña María Toledo, que era sobrina del Duque de Alba. El funda una pequeña corte renacentista en Santo Domingo, en cuyas calles paseaba a menudo aquel intelectual que era Gonzalo Fernández de Oviedo, que iba a ser el próximo cronista de Indias, y pronto se fundan universidades y se representan piezas teatrales.

Esta idea de colonización parece ya perfectamente afianzada, instalada. Pero la historia tiene sus sorpresas, y no se contaba

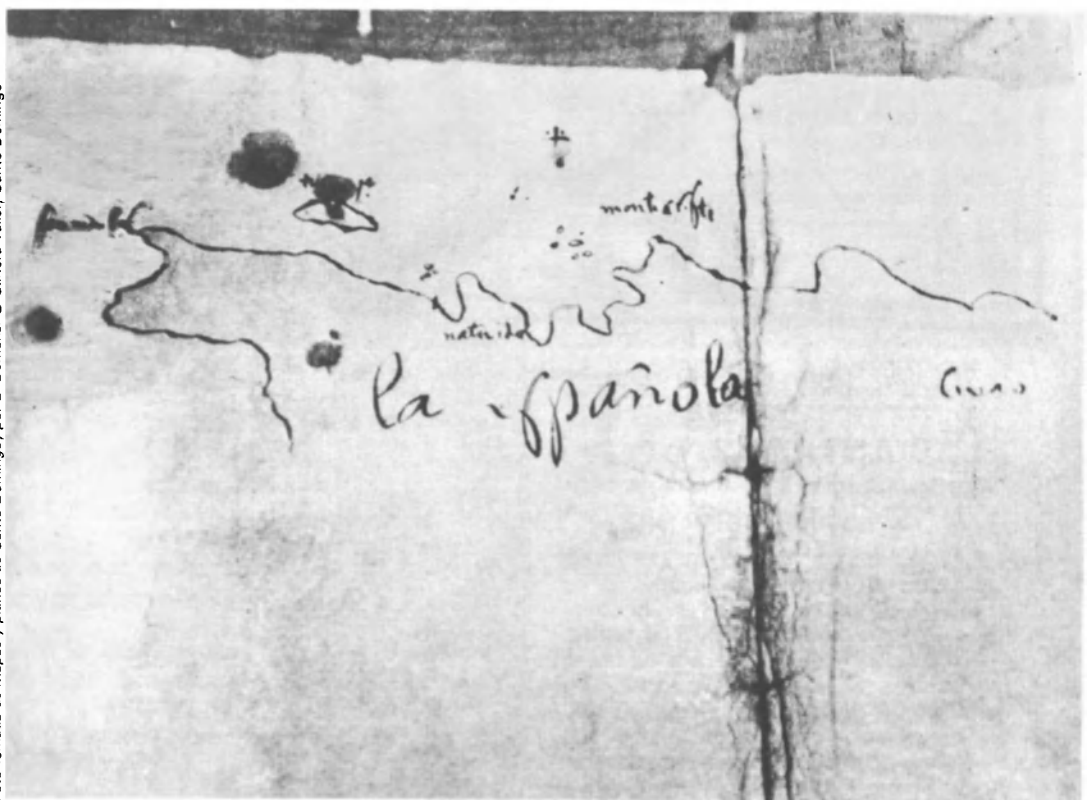
con un elemento imprevisto: el de los esclavos africanos. Traído del continente africano, el negro que llega a América aherrojado, encadenado, amontonado en las calas de buques insalubres, que es vendido como mercancía, que es sometido a la condición más baja a la que puede ser sometido un ser humano, resulta que va a ser precisamente el germen de la idea de independencia. Es decir que, con el transcurso del tiempo, va a ser ese paria, ese hombre situado en el escalón más bajo de la condición humana quien nos va a dotar nada menos que del concepto de independencia. Esto merece una explicación.

Si tuviéramos un mapa donde pudiera encenderse un bombillo rojo dondequiera que ha habido sublevaciones de esclavos negros



El arco de las islas del Caribe presenta la imagen de unas tierras mecidas suavemente por los vientos alisios. Tal idea se desprende de esta vista panorámica en tres clichés, tomados en 1899 (arriba). A la vista de las colinas antillanas Cristóbal Colón exclamó: "¡Qué maravilla!". Este croquis (a la derecha) de la costa noroeste de Hispaniola o La Española (nombre que dio el Gran Almirante, al descubrirla, a la actual isla de Santo Domingo que integran Haití y la República Dominicana), fechado en 1493, fue trazado por el propio Descubridor. Una cruz con cuatro puntos indica el norte.

Foto tomada de Mapas y planos de Santo Domingo, por E. Demorzi © Editora Taller, Santo Domingo



► en el Continente, encontraríamos que desde el siglo XVI hasta hoy siempre habría un bombillo encendido en alguna parte. La primera gran sublevación comienza en el siglo XVI en las minas de Buría, en Venezuela, con el alzamiento del negro Miguel, quien crea nada menos que un reino independiente que tenía incluso una corte y hasta un obispo de una iglesia disidente creada por él.

Muy poco después, en México, se produce la sublevación de la Cañada de los Negros, tan temible para el colonizador que el virrey Martín Enríquez se cree obligado a imponer castigos tan terribles como la castración, sin contemplación de ninguna índole, sin juicio, para todo negro que se hubiera fugado al monte. Poco tiempo después surge el Palenque de Palmares, donde los negros cimarrones del Brasil crean un

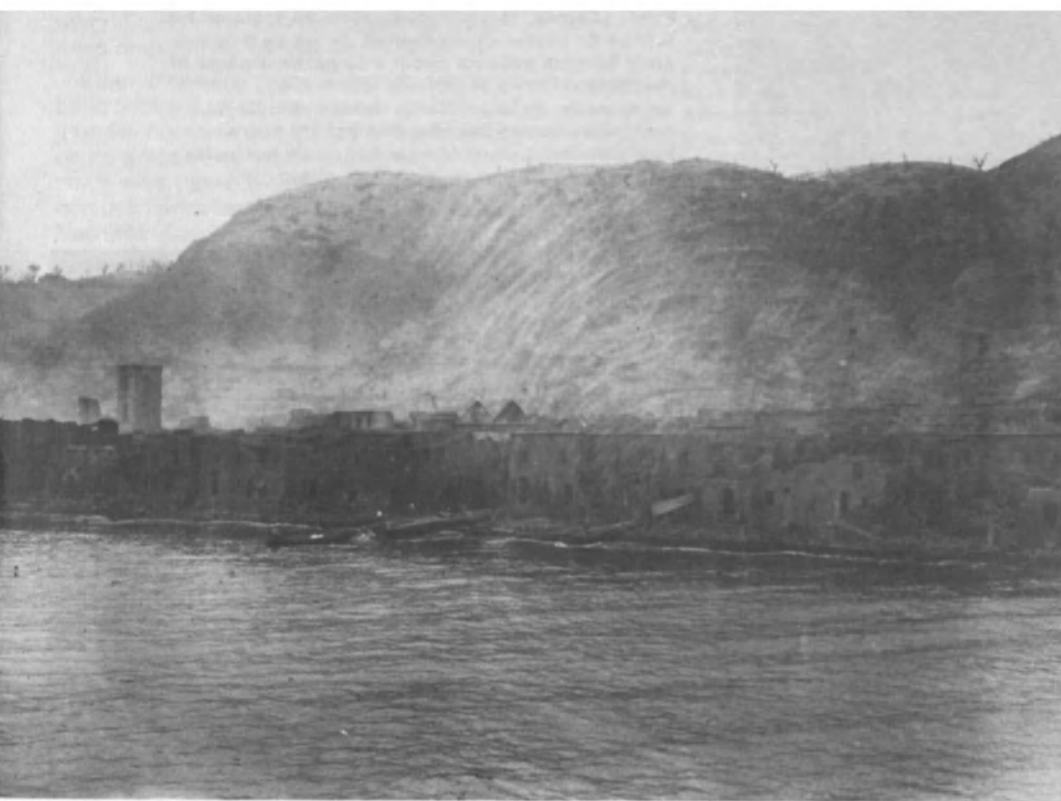
reino independiente que resistió a numerosas expediciones de colonizadores portugueses y mantuvo su independencia durante más de sesenta años.

En Surinam, a fines del siglo XVII, se produce el levantamiento de los tres líderes negros: Sant Sam, Boston y Arabí, contra el cual se rompen cuatro expediciones holandesas. Hubo la Rebelión de los Sastres, en Bahía; hubo en Cuba la que encabezó Aponte, pero merece mención particular por su trascendencia histórica el Juramento de Bois Caiman.

En un lugar llamado Bois Caiman, o sea Bosque del Caimán, se reunieron en una noche tormentosa las dotaciones de esclavos de la colonia francesa de Saint Domingue, hoy Haití, y juraron proclamar la independencia en su país, independencia que

fue completada y llevada a plena realidad por el gran caudillo Toussaint Louverture. Con el Juramento de Bois Caiman nace el verdadero concepto de independencia. Es decir que al concepto de colonización traído por los españoles a Santo Domingo, en la misma tierra se une el concepto de descolonización, o sea el comienzo de las guerras de independencia, de las guerras anticoloniales que habrán de prolongarse hasta nuestros días.

Me explico: cuando tomanos la gran *Enciclopedia*, la famosa enciclopedia redactada por Voltaire, Diderot, Rousseau, d'Alambert a mediados del siglo XVIII en Francia y cuyas ideas tanta influencia tuvieron sobre los caudillos de nuestras guerras de independencia, nos encontramos con que en esa gran enciclopedia el concepto de independencia tiene un valor todavía meramente fi-



Fotos tomadas de *Catastrophe à la Martinique*, ed. Herscher © Societe de Geographie, Paris

Esta visión paradisíaca de las islas, reflejo de un antiguo sueño exótico, ha sido constantemente corregida por la realidad. La historia de las tierras del Caribe está jalonada de erupciones volcánicas, seísmos y ciclones. En 1902, en la Martinica, la erupción del Monte Pelado, acabó en menos de un minuto, en medio de las llamas, con todos los encantos tropicales de la ciudad de Saint-Pierre (a la izquierda) y con todos sus habitantes (28.000 muertos). Por su parte, los ciclones — huracanes alimentados por la cólera de Hu-Ra-Kan, el dios del viento de los caribes— son devastadores en las Antillas. En el siglo XVII se contabilizaron 13, en el XVIII 33, y 28 en el XIX. En el nuestro el saldo es todavía más dramático. En la memoria colectiva de cada isla perdura, cual llaga abierta, el recuerdo de la fecha de algún ciclón que la azotara con crueldad. Imposible olvidar este viacrucis cósmico que los ciclones representan en la historia de los pueblos del Caribe.

losófico : se dice independencia del hombre frente al concepto de Dios, frente al concepto de monarquía, se habla del libre albedrío, de hasta qué punto llega la libertad individual del hombre, pero no se habla de independencia política. En cambio, lo que reclamaban los negros de Haití — precursores en esto de todas nuestras guerras de independencia — era la independencia política, la emancipación total.

Yo sé que muchos podrán objetar diciendo que el Juramento de Bois Caiman tiene lugar en 1791 y que mucho antes había habido la independencia de los Estados Unidos. Nadie lo niega. Pero no hay que olvidar que cuando las trece colonias norteamericanas se emancipan de la autoridad del rey de Inglaterra y pasan a ser un país independiente que ya no es tributario de la Corona britá-

nica, no ha habido un cambio de estructuras en la vida de esas colonias : los terratenientes siguieron viviendo como antes. A nadie le entró en la cabeza que pudiera haber habido una emancipación de esclavos. Para llegar a ella habrá que esperar la Guerra de Secesión. Es decir que en los Estados Unidos todo siguió igual después de la proclamación de la independencia.

Pero en América Latina no ocurrió lo mismo. Porque a partir de las revueltas de Haití, que fueron seguidas muy poco después por las guerras de independencia que lograrían su triunfo final en 1824, con la victoria de la batalla de Ayacucho, las estructuras sociales y de la vida variaban de una manera total por la aparición en el primer lugar del escenario histórico de un personaje que políticamente no había sido tomado en cuenta aunque humanamente existía. Ese personaje es el

criollo. La palabra criollo aparece en viejos documentos americanos a partir del año mil quinientos setentitantos.

¿Quién era el criollo ? *Grosso modo* el criollo era el hombre nacido en América, en el continente nuevo, bien mestizo de español e indígena, bien mestizo de español y negro, bien sencillamente indios o negros nacidos en América pero conviviendo con los colonizadores. Eso eran los criollos entre los cuales, desde luego, el mestizo habría de ocupar una posición privilegiada. Sin embargo, el criollo se sentía postergado. Simón Bolívar, el Libertador, en ese documento transcendental que es la *Carta de Jamaica*, uno de los documentos más importantes que nos ha dejado la historia de América, habla de la condición del criollo, incluso de clases acomodadas, en las épocas anteriores a las guerras de independencia que él pro-



movió. Dice Bolívar: "Jamás éramos virreyes ni gobernadores, sino por causas muy extraordinarias, arzobispos u obispos pocas veces, diplomáticos, nunca; militares sino en calidad de subalternos; nobles sin privilegios reales. No éramos, en fin, ni magistrados ni financistas y casi ni aun éramos comerciantes".

La historia de América toda tiene una característica muy importante, y es que no se desarrolla sino en función de la lucha de clases. Nosotros no conocimos guerras dinásticas por sucesiones al trono, como las de Europa; no conocimos guerras de familias enemigas como la Guerra de los Cien Años, que fue una lucha de feudos; no conocimos guerras de religión en el sentido estricto de la palabra. Nuestra lucha constante de varios siglos fue primero de la clase de los conquistadores contra la clase del autóctono sojuzgado y oprimido; luego, lucha del colonizador contra el conquistador, porque los colonizadores, que llegaron

El machete es un instrumento típicamente caribeño. Así, se le utiliza para cortar la caña de azúcar, en las plantaciones de bananos (foto de la izquierda) o para decapitar un coco recién cortado. Pero, además, el machete ha sido un arma en las luchas de liberación caribeñas, como se muestra en la famosa película cubana *La primera carga al machete* de Manuel Octavio Gómez, que cuenta un episodio de la guerra de independencia de los mambises contra España. El machete entra también como elemento simbólico en los bailes antillanos, como el de la foto de abajo.



después, trataron de crear una oligarquía, de ejercer la autoridad, y lograron destruir la clase de los conquistadores que terminaron, casi todos, pobres, asesinados, desterrados. Muy pocos tuvieron un fin feliz.

El colonizador se volvió la aristocracia, la oligarquía en lucha contra el criollo. Finalmente, con las guerras de independencia, fue la sublevación del nativo de América contra el español. Pero el criollo vencedor crea una nueva oligarquía contra la que habrán de luchar el esclavo, el desposeído y una naciente clase media que incluye casi la totalidad de la *intelligentsia*: intelectuales, escritores, profesores, maestros, en fin, esa admirable clase media que va creciendo durante todo el siglo XIX hasta desembocar en el nuestro.

Y en esa fase de la lucha que habrá de prolongarse hasta mediados de este siglo y sigue aún, habrá de afianzarse el sentido nacional de los países americanos. Es decir que el criollo, al vencer en todo el Continente, empieza a buscar su identidad particular, nacionalista, y, más adelante, con los movimientos crecientes de independencia en las Antillas, surgirá la conciencia de ser jamaicano, martiniqueño, curazoleño, en fin, de las distintas islas que forman nuestro vasto mundo caribe y que ya han adquirido caracteres propios con conciencia de poseerlos.

Cuando consideramos el ámbito del Caribe quedamos atónitos ante la galería de grandes hombres que nos ofrece a lo largo de los siglos y que han forjado nuestra historia. Y ellos vienen a demostrar que existe lo que podríamos llamar un humanismo caribe. Nuestros grandes hombres jamás limitaron su acción, su pensamiento, su ejemplo, al ámbito propio, sino que se proyectaron hacia los pueblos vecinos. Hubo intercambio de hombres como hubo interpenetración de ideas.

El almirante Brion, que era de Curazao, apoyó a Simón Bolívar en su gesta de independencia de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia. Petión, presidente de Haití, pidió a Bolívar, a cambio de la ayuda moral y material en su guerra, la abolición de la esclavitud en Venezuela. Máximo Gómez, que alcanzó la independencia de Cuba, era dominicano. Los padres de los hermanos Maceo, que combatieron en las luchas independentistas de Cuba, habían peleado en la guerra de independencia de Venezuela. El lugarteniente favorito de Maceo era venezolano. Y un cubano, Francisco Javier Yanes, firma el acta de independencia de Venezuela. El inmenso José Martí, apóstol de la independencia de Cuba, cuya trayectoria política e histórica se desarrolla en el ámbito todo del Caribe, dejó páginas emocionadas, llenas de veracidad y de hondo amor sobre Venezuela, sobre Guatemala, sobre México, sobre los países del Caribe en general.

Por ese intercambio de hombres y esa comunidad de ideas las zonas continentales de México y las zonas de la tierra firme de Venezuela y de Colombia, que fueron habitadas por esclavos africanos traídos del continente en el mismo proceso de colonización, como los hallamos en el Perú, en Guayaquil, en el Brasil, vienen por extensión a formar parte de ese conglomerado caribe que empezamos a ver en su conjunto y a entender en su conjunto, confrontando lo que nos une y lo que nos distingue, lo que nos hace semejantes y a la vez lo que nos singulariza, lo que es genuinamente de unos y lo que es patrimonio de todos.

A. Carpentier



Foto Michel Claude, Unesco

Construida para defender la independencia de la joven república de Haití contra un retorno posible de las tropas coloniales, la ciudadela Laferrière se yergue sobre un promontorio al norte de la isla, a cerca de mil metros por encima del nivel del mar Caribe. Su edificación (abajo en una pintura popular haitiana) fue emprendida a principios del siglo XIX por el general Henri Christophe y en ella trabajaron, se dice, 20.000 hombres durante nueve años.

Este símbolo de la independencia de Haití está hoy en peligro. Además de los efectos de la intemperie, la humedad y la lujuriosa vegetación tropical, un terremoto dañó gravemente a la ciudadela en 1842. Tras una petición del gobierno de la República de Haití, el señor Amadou-Mahtar M'Bow, Director General de la Unesco, lanzó el 10 de marzo de 1980 un llamamiento para salvar el patrimonio cultural haitiano en el que invitaba a la comunidad internacional a que expresara "la fraternidad de los hombres en el diálogo de sus culturas".

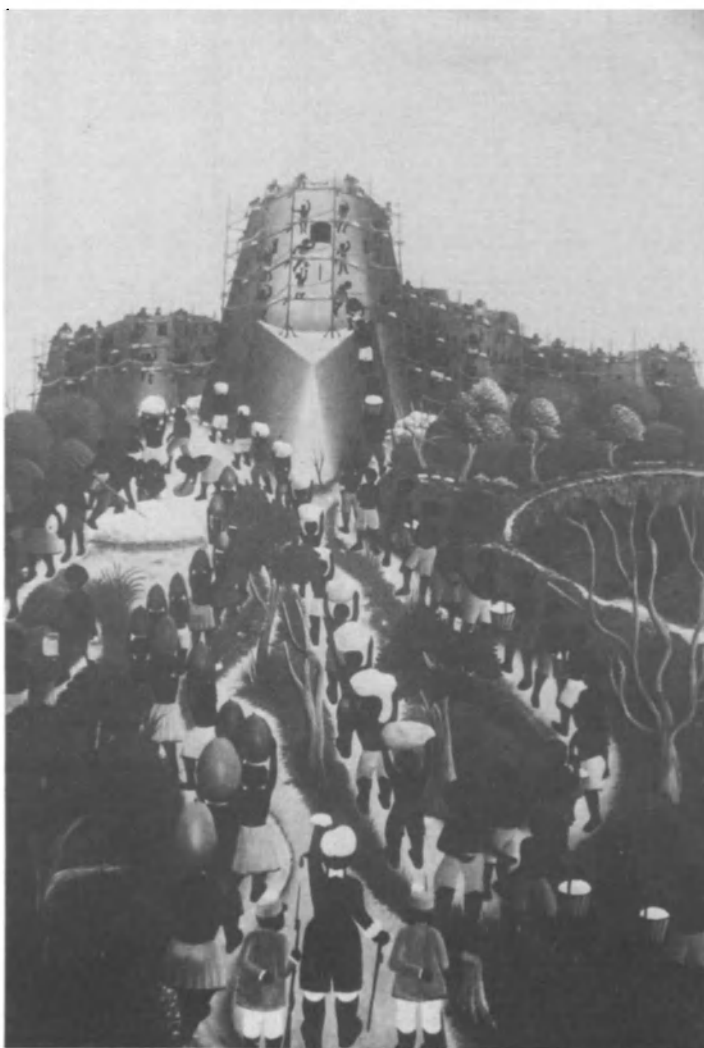


Foto Philippe Leclaire, Unesco

La plantación, crisol de la sociedad antillana

por Manuel Moreno Friginals

Foto © D. Ceyrac, París



¿EXISTE una identidad caribeña? La pregunta se ha planteado muchas veces, y el continuo preguntar revela que, o no se tiene conciencia o certeza de esta identidad, o hay fuerzas interesadas en negarla. En nuestro concepto, la "identidad cultural" es una resultante histórica lograda por la evolución común de complejos socioeconómicos también comunes.

Las Antillas conforman un ecosistema insular, de características climáticas y geológicas comunes y, originariamente, de flora y fauna semejantes. A partir de la irrupción europea en América, la localización geográfica de las islas hizo de ellas la encrucijada normal de los caminos marímeros al imperio español y, por ende, la "frontera imperial". Como frontera, las Antillas han de ser la zona donde se libren las grandes batallas de las guerras coloniales de rapiña en América. Así, hay un primer momento en el cual estas islas han de estar en función del imperio. Pero, simultáneamente, tenían valores explotables *per se*, y al papel que desempeñaron en función del imperio hay que agregar la importancia que adquirieron como explotaciones económicas en sí mismas. Por ejemplo, Cuba, durante el siglo XVIII, es el centro de defensa del imperio español y excelente productora de tabaco y azúcar; Jamaica es isla de plantaciones azucareras y centro fundamental de la marina inglesa.

Ahora bien, el clima común, la situación geográfica en el arco antillano y las características físicas semejantes hicieron posible que en la mayoría de estas islas se desarrollase el sistema de plantación azucarera esclavista. Pues este tipo de plantación exigía tierras con determinadas condiciones físicas, cercanas al mar, con una temperatura y pluviosidad determinadas, con recursos forestales, cerca de aprovisionamientos ganaderos, de óptimas comunicaciones marítimas y ubicadas entre el mercado

MANUEL MORENO FRIGINALS, *historiador y profesor universitario cubano, es asesor del Centro de Estudios del Caribe de la Casa de las Américas. La más reciente de sus obras —entre las que destaca principalmente El ingenio— es la titulada Desintegración/abolición de la esclavitud en el Caribe.*

comprador (Europa) y el mercado suministrador de mano de obra (África).

Las islas Antillas tenían una base indígena común que fue arrasada en un proceso histórico también común. Es sabido que las culturas aborígenes del Caribe parecen remontarse a una antigüedad comprobada de más de 2.500 años antes de nuestra era. Y es sabido también cómo el proceso colonizador cayó sobre estos pueblos originándose un sistema de aniquilación en que la barbarie de la explotación estuvo acompañada por enfermedades epidémicas, la ruptura de la economía de mantenimiento de estos pueblos, el *shock* psicológico de la conquista y aun el exterminio premeditado. La extinción de los indios en las islas colonizadas por España ha sido ampliamente divulgada por ingleses, franceses y holandeses. Pero lo que no ha sido tan divulgado es cómo el colonialismo inglés, francés y holandés exterminó sistemáticamente a los indígenas de las islas que ellos conquistaron.

Sobre las islas sistemáticamente deshabitadas se estableció una estructura económica común: la plantación. La plantación esclavista es una típica creación del capitalismo europeo. Concretamente, ningún pueblo colonizador de Europa tiene el privilegio de su creación, sino que es el resultado de experiencias coloniales sucesivas. Hay un tipo de plantación portuguesa de Santo Tomé trasladado a América por los españoles. El modelo hispano-portugués es perfeccionado por ingleses y franceses (Jamaica y Saint Domingue son ejemplos trágicos de este perfeccionamiento), y después el colonialismo español lo retoma, haciendo aun más compleja la explotación en Cuba.

Señalamos este punto porque hay tendencias historicistas que hablan de diferencias entre "esclavitudes" por el origen de los amos: ingleses, franceses, portugueses, españoles y otros. La esclavitud es una y persigue un fin común de explotación del trabajo, y la nacionalidad del explotador poco quita o agrega. También rechazamos que haya diferencias por la religión del explotador, católicos o protestantes, como tampoco hay esclavitudes "benignas" y "malignas". Para la masa esclavizada, la esclavitud fue siempre una y la misma, y las diferencias de grados de explotación se originaron en razones económicas y no superestructurales.

Rechazamos asimismo todo tipo de connotación racial que hubiera podido determinar una preferencia de los esclavistas por los africanos. Se esclavizaron africanos porque África era el mercado de mano de obra disponible, barato y cercano; cuando las condiciones varían, en el siglo XIX, se traen chinos e hindúes, aparte de otros intentos esclavizadores en menor escala.

En cuanto a los aborígenes antillanos, se intentó el mismo sistema de esclavización y comercialización. En fecha tan lejana como 1494, el propio almirante Cristóbal Colón seleccionó cincuenta indígenas de La Española (Santo Domingo), que fueron enviados a España para ser vendidos como esclavos. Y, según Las Casas, Colón calculaba que vendiendo a todos los indios de dicha isla, junto a otras mercancías, obtendría beneficios por unos cuarenta millones de maravedíes. Las cacerías de indígenas para ser esclavizados y vendidos estaban legalizadas en el Caribe ya en 1508. Y de ser ciertas las cifras de Pedro Mártir de Anglería, entre 1508 y 1513 unos cuarenta mil esclavos caribeños fueron cazados y vendidos para el trabajo en las minas de oro. La barbarie colonial liquidó la base

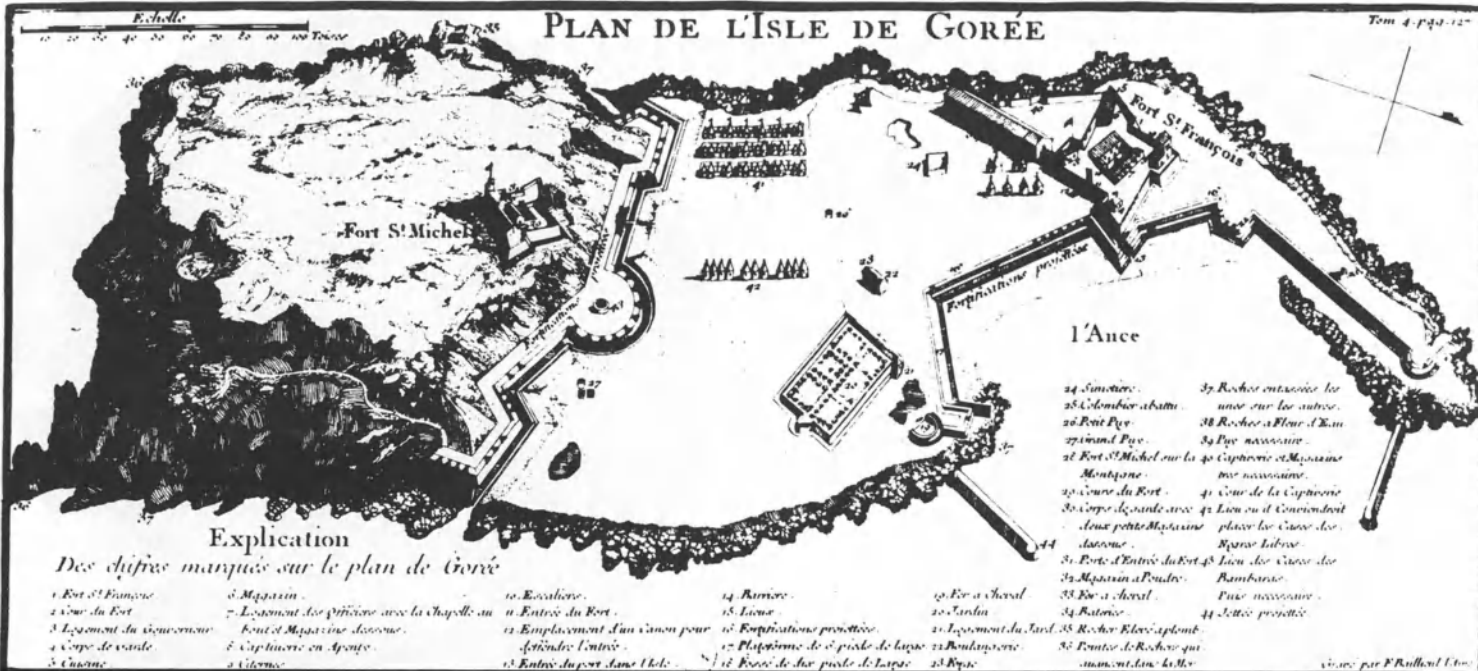


Foto © Museo del Hombre, París

De las etnias indígenas que poblaban las islas del Caribe antes del Descubrimiento y de la colonización española—caribes y arahuacos esencialmente—, poco es lo que ha llegado hasta nosotros. Escasos decenios de imperio colonial europeo bastaron para que esas poblaciones se extinguieran casi completamente; hoy sólo subsisten de ellas núcleos reducidos de supervivientes dispersos por la región. De su cultura nos han quedado algunos testimonios artísticos, generalmente de poco volumen pero que a menudo dan fe de una habilidad y un primor excepcionales. He aquí dos muestras: arriba, cabeza esquelética de basalto negro esculpido (22 cm de altura), objeto religioso o ceremonial de una población de cultura taína (arahuaca) de Puerto Rico, la Borinquén indígena. Abajo, trigonolito antropomorfo (12 cm de altura, 17 de longitud) de la República Dominicana, una de esas "piedras de tres puntas" tan célebres en las Antillas; se trata seguramente de un símbolo animista muy importante de la civilización taína.



Foto © Museo del Hombre Dominicano, Santo Domingo



Situada a menos de cuatro kilómetros de Dakar (Senegal), la isla de Gorée fue utilizada desde el siglo XV por diversas potencias europeas como escala marítima o como mercado de esclavos. En los sótanos sombríos y en las mazmorras de tortura de sus fortalezas y edificios vivieron encerrados y amontonados durante siglos los esclavos africanos — hombres y mujeres en su mayoría jóvenes — que luego embarcarían rumbo a las plantaciones y a los talleres del Nuevo Mundo y, en particular, de las Antillas, en

un viaje sin retorno que constituye una de las grandes tragedias de la historia pero que sería capital para el destino cultural y político de muchas tierras americanas. Dado el alto valor cultural e histórico del patrimonio arquitectónico de la isla, el Director General de la Unesco, señor Amadou-Mahtar M'Bow, lanzó en diciembre de 1980 un llamamiento internacional con miras a su salvaguardia y revalorización. Arriba, plano de la isla de Gorée según un grabado de 1779.

indígena y por eso los aborígenes no pasaron a integrar las plantaciones; los pequeños grupos agresivos que quedaron fueron un estorbo para la producción, y se los exterminó en una práctica genocida cuya expresión más típica es la llevada a cabo por ingleses y franceses en Martinica.

A partir del siglo XVI comienzan a establecerse los complejos de plantaciones en el Caribe insular hispánico: Santo Domingo, Puerto Rico y Cuba. En el siglo XVII el sistema irrumpe en las Antillas Menores y posteriormente en Jamaica. La economía de plantación comienza a dominar en las islas. Naturalmente que en esto hay una relación dialéctica con la extensión territorial de las islas. Las Antillas Menores quedan cubiertas por las plantaciones y no hay tierras libres para otros desarrollos económicos ni siquiera para que el esclavo pueda huir físicamente de la plantación. En las Antillas Mayores alternan zonas de plantación con otras explotaciones y las posibilidades de desarrollo social son más amplias. Estas diferencias de escala que se reflejan cualitativamente determinan diversas gradaciones en el complejo económico-social de la plantación, pero la mayoría de los rasgos comunes se mantienen.

Toda plantación, al fundarse, es un agregado humano no constituido como sociedad. En esta etapa inicial la plantación puede equipararse a una cárcel, donde casi todos sus miembros se caracterizan por:

- su origen africano, aunque provenientes de diversas etnias;
- una edad comprendida entre 18 y 30 años;
- un profundo desequilibrio según el sexo: las mujeres sólo forman del 10 al 30 por ciento de la población y no son raras las plantaciones de hombres solos.

Este agregado humano queda sometido a un sistema represivo en el cual está reglamentado el tiempo útil de vida y eliminado,

por lo regular, el tiempo libre; los modelos dietéticos quedan uniformados a partir de consideraciones económicas de los amos; la vivienda se planifica basándose en razones económicas y de seguridad y el vestuario sigue normas de producción industrial masiva; la vida sexual se supedita a los requerimientos reproductivos; las relaciones familiares son entorpecidas por el desequilibrio entre los sexos en el sistema productivo de las plantaciones de hombres solos.

Este esquema, típico de casi todas las plantaciones en los momentos de su fundación, se altera con el transcurso del tiempo: las relaciones de carácter horizontal establecen jerarquías (aunque sean clandestinas), se crean nexos de intereses y fraternidad, y el nacimiento de niños establece núcleos familiares, generalmente matriarcales, pues dentro del sistema represivo de la plantación el padre no puede responder por la prole. Hay un proceso de integración social que es estorbado por el decrecimiento del grupo ya que la tasa de mortalidad supera a la de natalidad (resultado lógico del desequilibrio entre los sexos y del régimen carcelario) y se hacen necesarias nuevas inyecciones migratorias para mantener el volumen requerido de la fuerza de trabajo. Pero de todos modos se va produciendo un proceso de socialización como resultado de una identidad común: todos son esclavos y los libres son marginados.

La plantación requiere de un centro de importación-exportación que, además, presta toda una serie de servicios que conforman la infraestructura del negocio. Se origina así un tipo de centro urbano, donde hay también esclavos y libres, pero donde los módulos carcelarios de la plantación no funcionan y por lo tanto las relaciones sociales son otras. Así, la distinción ciudad-campo, que es típica de todas las sociedades, adquiere una connotación más precisa en las socie-

dades de plantación. Pero hay un hecho fundamental: presionadas por factores exógenos (precio de los esclavos, precio de los productos de plantación, etc.) y endógenos (rentabilidad de la empresa, aplicación de los adelantos tecnológicos, empobrecimiento de la tierra, etc.), las plantaciones van evolucionando hasta adquirir determinadas características sociales comunes en todas las islas.

Los esclavos de las plantaciones del Caribe, independientemente del nivel social alcanzado, fueron sometidos a una práctica común de *deculturación*. Entendemos por deculturación el proceso consciente mediante el cual, con fines de explotación económica, se procede a desarraigar la cultura de un grupo humano para facilitar la expropiación de las riquezas naturales del territorio en que está asentado y/o para utilizarlo como fuerza de trabajo barata, no calificada, en forma de esclavitud o de semiesclavitud. En las sociedades americanas de plantación la deculturación puede ser vista como un recurso tecnológico aplicado a la optimización del trabajo.

La deculturación fue un proceso consciente aplicado a los esclavos para hacerles perder toda identidad. Se les arrebató el nombre propio. En millares y millares de relaciones de esclavos en el Caribe sólo hemos encontrado unas veinte en que aparece el nombre africano original de los esclavos. Se les extirpan sus modelos dietéticos, de vivienda, de vestuario; se persigue su música y su religión; se les impone el idioma del amo. Este proceso deculturador sólo podía ser resistido mediante la clandestinidad de los valores culturales originarios. Se inicia así una lucha entre la cultura dominante, que pretende ser un factor integrador y de sometimiento, y la cultura dominada, como factor integrador de la resistencia. Este es un conflicto dialéctico que será una de las fuentes de origen de la cultura caribeña.

Ahora bien, este proceso no puede entenderse si partimos del esquema antropológico clásico prefijado que considera que en estos casos se opera un proceso de "transculturación" o "integración", mediante el cual los valores culturales africanos se insertan en moldes europeos. La realidad de las islas del Caribe es otra. Desde sus inicios se trata de sociedades *nuevas* donde africanos y europeos llegan simultáneamente: los primeros en condición de pueblo sojuzgado en una guerra de rapiña capitalista, y los segundos en condición de grupo explotador. No hay, pues, una sociedad preexistente que se impregna de aportaciones africanas. Hay fundamentalmente un sistema de explotación económica en que la clase dominante crea, recrea y actualiza, en relación con sus necesidades, con sus interacciones y con la utilización de sus productos, una cultura para sí misma y para imponerla a la clase dominada. Naturalmente, esta cultura está constituida por valores y patrones eurocéntricos, reelaborados, recreados y actualizados en estrecha dependencia con las contradicciones y posibilidades emergentes de la situación económica, política y social de las plantaciones. Frente a la cultura dominante hay una cultura de resistencia, que en un momento inicial partió de valores y patrones africanos que desaparecieron, se reelaboraron o transmutaron en el proceso de lucha de clases, al enfrentar tanto la deculturación impuesta como el sistema represivo que prefijaba religión, módulos de comportamiento, hábitos dietéticos, vivienda y sexo.

Y así, en un momento dado, la plantación esclavista se desintegra. El proceso desintegrador se experimenta en distintas fechas y con características diferentes en las diversas islas. En unas, la plantación desaparece; en otras, pasa a conformar plantaciones modernas, donde el tráfico de hombres continúa. Hay hondos procesos migratorios interantillanos y son sometidos nuevos pueblos a la condición de trabajadores cañeros. El cambiar el origen del pueblo explotado no cambia la esencia de la explotación.

Por estas razones históricas, los grupos descendientes de los antiguos esclavos, principalmente negros y mulatos, constituyeron la capa social más pobre, desprotegida y explotable de la sociedad. Y en el plano cultural se vieron profundamente afectados por formas de discriminación, prejuicios y descalificación social. Fueron conscientemente aislados, marginados, y se trató de introducir entre ellos conflictos que dificultasen su cohesión como clase. En este sentido, las formas culturales portadas, creadas y recreadas por estas masas están en estrecha relación con su situación concreta de carencias, marginalización social, explotación económica y rechazo cultural por parte de la clase dominante.

Visto así, lo esencial de un estudio sobre la identidad cultural debe residir en el análisis de las formas en que perdura y es usada o recreada esta cultura de resistencia generada en parte por los antiguos grupos de origen africano, pero extendida dinámicamente a los demás componentes explotados de la sociedad, independientemente de los problemas de pigmentación de la piel. En los estudios que analizan los caracteres sintomatológicos de la cultura, pero no las estructuras reales, se habla de sociedades "duales" o de sociedades "plurales". Estas teorías aportan interesantísimas observaciones externas, pero soslayan el hecho de que las diferencias culturales no son una

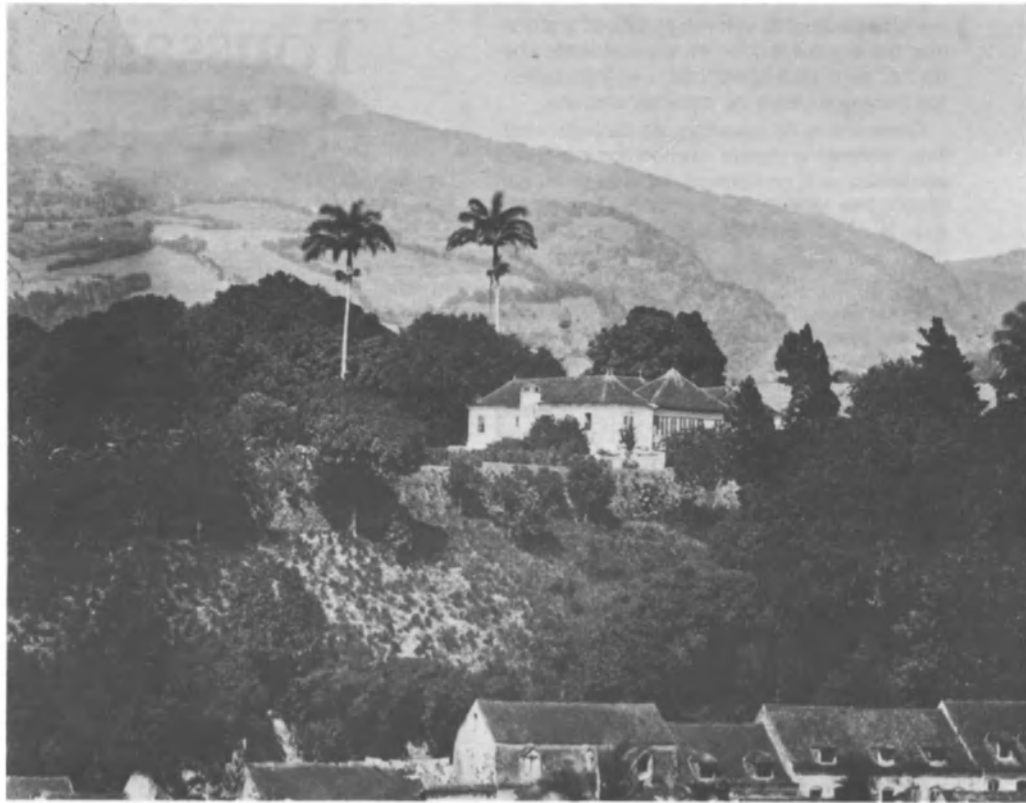


Foto Biblioteca Nacional, París. Tomada de *Catastrophe à la Martinique* © Société de Géographie, París.

Base de la sociedad colonial caribeña, la plantación es todo un pequeño mundo en el que el choque secular entre amo blanco y esclavos negros dará nacimiento a una serie de rasgos culturales muy peculiares. Ese mundo conflictivo se dividía en dos submundos adyacentes pero extraños: la casa del señor, los barracones o cabañas de los esclavos (la "casa grande" y la "senzala", como se los llamaba en el Brasil). En la casa señorial (un ejemplo en la foto de arriba, de la isla de la Martinica) vivían el amo, su familia y los esclavos del servicio doméstico. Los barracones de los esclavos constituían un mundo aparte en que la mano de obra negra vivía en condiciones inhumanas. Abajo, miserables cabañas de negros en una plantación de Curazao.



Foto © Luc Joubert, París. Col René Depestre



En la historia del Caribe el azúcar es, a la vez, signo y cifra de esclavitud y de monocultivo. La mayoría de las plantaciones o "ingenios" eran azucareros. Detrás venía el tabaco, cuya elaboración en algunos países de la región, y muy especialmente en Cuba, se hizo famosa en el mundo entero. Recuérdense al respecto los célebres cigarros habanos de Cuba cuyo nombre les viene del de la capital de la gran isla antillana. A la izquierda, sello de una caja de habanos, primorosamente ejecutado y lleno de fantasía.

Toussaint Louverture, el Precursor



Foto © Jean-Loup Charmet, París

Toussaint Louverture (1743-1803)

Simón Bolívar y su visión profética



Foto © Roger Vossier, Biblioteca Nacional, París

Simón Bolívar (1783-1830)

► mera oposición de valores europeos y africanos transculturándose en un ambiente abstracto, sino que obedecen a enfrentamientos muy concretos de carácter clasista.

Otras líneas de estudios, de carácter idealista, tienden a buscar contenidos africanos injertados en un tronco europeo. Y hay quienes se han dedicado a buscar africanismos para sopesar cuantitativamente el número y la intensidad con que se insertaron en moldes preestablecidos. Hay quienes, con cierta complejidad antropológica, han elaborado la teoría de la marginalización. Pero, como se ha señalado acertadamente, "quizás no necesite probarse — por evidente — que muchos de estos pueblos están marginados desde el punto de vista de su acceso a la total participación en la sociedad, o a los mínimos beneficios de la ciudadanía, pero nunca han estado marginados desde el punto de vista de su contribución al orden económico". De hecho, su marginalidad como ciudadanos es una función del régimen capitalista. El papel de los pueblos afrolatinoamericanos del Caribe como suministradores de fuerza de trabajo vergonzosamente barata, y especialmente el movimiento de haitianos, jamaicanos, dominicanos, puertorriqueños y otros a los Estados Unidos y a las capitales europeas, ha reducido el promedio total de coste de la mano de obra en los niveles inferiores de la calificación. La marginalización no ha significado la exclusión de estos hombres como explotados ni como creadores de plusvalía.

Igualmente negativas, aunque surgidas en el seno del pueblo explotado, son las búsquedas de la identidad en el color ("negritud") o en la lejana raíz cultural africana. Estas teorías olvidan o soslayan que la explotación del trabajo esclavo o semiesclavo no fue un problema de color, pues también se explotó y esclavizó a blancos e indios, luego a chinos, indios orientales y polinesios. La "negritud", que fue en sus orígenes un potente y bello grito rebelde de un grupo que emergía contra el prejuicio, ha corrido el peligro de transformarse en ideología. El propio Aimé Césaire ha señalado esos peligros. El retorno a África, como reconocimiento de raíces, aporta a los pueblos caribeños el valor insoslayable de reconocer una de sus fuentes y el sentir la solidaridad hacia pueblos secularmente explotados y desangrados. Pero es falso si pasa de esos límites, por cuanto la cultura caribeña no es africana sino creada y recreada, en condiciones específicas, en el crisol del Caribe.

El interés colonial o neocolonial ha tratado de perpetuar el sentido de la diversidad cultural caribeña. A la barrera real de los idiomas diferentes se ha agregado una barrera comunicante o distorsionadora de la comunicación, que pretende que cada isla se sienta y actúe como mundo cultural y, por ende, político diferente. Y en algunos casos se pretende que la isla busque su identidad en la metrópoli o en tierras extrañas, y no en sí misma. Pero el proceso histórico y la realidad expresada en sus manifestaciones artísticas muestran lo contrario. La identidad real pretende ser discutida y, a la larga, borrada. Artistas y científicos sociales caribeños tienen hoy una tarea más importante que la búsqueda simplista de elementos africanos en su cultura o el análisis comparativo con culturas africanas actuales: es el estudio de las integraciones específicas y de las formas simbólicas comunes desarrolladas en el Caribe durante el proceso de consolidación de sus nuevas sociedades.

M. Moreno Fraginals

TOUSSAINT Louverture se presentó a sí mismo en la historia del pueblo haitiano: "Hermanos y amigos : Yo soy Toussaint Louverture. Quizás mi nombre se ha dado a conocer a vosotros. He emprendido la venganza. Quiero que la libertad y la igualdad reinen en Saint-Domingue. Trabajo por hacerlas existir. Uníos a nosotros, hermanos, y combatid con nosotros por la misma causa."

El hombre que en 1793, a los cincuenta años, se dirigía en estos términos a sus compañeros en la desgracia había llegado a un momento de su vida en el que se sentía capaz de entregarse por entero a una obra más grande que su propio destino, puesto que encarnaba los anhelos más sublimes de su pueblo.

Toussaint Breda nació el 20 de mayo de 1743 en la vivienda del mismo nombre, en el lugar llamado Haut-du-Cap. Era descendiente de Gaou-Guinou, un príncipe africano de la etnia de los aradas. Su padrino Pierre Baptiste le enseñó a leer y escribir. El conocimiento del francés le permitió leer en esta lengua obras como los *Comentarios de la guerra de las Galias* de Julio César, las *Rêveries* del Mariscal de Saxe, las *Historias* de Herodoto y, sobre todo, la célebre *Histoire philosophique des Indes* del abate Raynal.

Por otra parte, su conocimiento de las plantas medicinales del país y los rudimentos de veterinaria adquiridos en los establos de su amo Bayon Libertat le permitieron ejercer un ascendiente indiscutible sobre los negros cimarrones de la montaña. Su pequeña esta-

tura, su aspecto taciturno y enclenque, así como sus rasgos ingratos, ocultaban una fuerza de carácter y un extraordinario dominio del cuerpo y del espíritu que descollaron cuando dirigió los acontecimientos de los que la colonia francesa de Saint-Domingue (hoy Haití) fue el escenario de 1791 a 1803.

Desde el punto de vista histórico, el mérito principal de Toussaint Louverture sigue siendo el de haber transformado las bandas de negros cimarrones en un ejército de liberación aguerrido y disciplinado. Asimismo, dio muestras de suma habilidad al combinar las tácticas de la guerrilla con el sentido de un compromiso inteligente gracias al cual logró sacar partido de las contradicciones intercoloniales que existían entre los diversos imperios que se enfrentaban en el escenario político y militar del Caribe.

En los últimos años del siglo XVIII, el reflujo de las fuerzas de la Revolución Francesa y la oleada retrógrada originada por los acontecimientos de Termidor anunciaban días dramáticos para la colonia de Saint-Domingue que Toussaint Louverture acababa de embarcar en un proceso irreversible de emancipación. El jefe de los jacobinos negros sabía que el nuevo poder que gobernaba a Francia desde el golpe de Estado del 18 Brumario iba a poner en entredicho las frágiles conquistas de la Revolución haitiana. En efecto, Bonaparte no tardó en dictar un decreto por el cual todas las banderas de Saint-Domingue debían llevar obligatoriamente la siguiente inscripción: "Bravos negros, recordad que sólo el pueblo francés

reconoce vuestra libertad y la igualdad de vuestros derechos." Toussaint Louverture respondió vivamente a esta medida del Primer Cónsul diciendo: "Lo que queremos no es una libertad circunstancial que se nos conceda solamente a nosotros sino la adopción absoluta del principio de que ningún hombre, nacido rojo, negro o blanco, pueda ser propiedad de su prójimo."

Semejante extensión universal del derecho no podía caber en los proyectos de Napoleón Bonaparte, quien se apresuró en enviar a Saint-Domingue una expedición dirigida por su cuñado, el general Leclerc, para restablecer allí la esclavitud. En la noche del 7 al 8 de junio de 1802, Toussaint Louverture cayó en la trampa que le tendió el general Brunet. Y a bordo del buque *Le Héros* fue conducido al cautiverio, siendo encerrado en el Fort de Joux, en el Jura francés, donde murió de hambre, de frío y de nostalgia el 7 de abril de 1803. En el momento de su captura, Toussaint Louverture había hecho la declaración siguiente: "Al derríbarme, sólo se ha talado en Saint-Domingue el tronco del árbol de la libertad de los negros, que volverá a crecer por las raíces, ya que éstas son numerosas y profundas".

Algunos meses después de pronunciadas estas palabras proféticas, el 28 de noviembre de 1803, el general Jean-Jacques Dessalines, brazo derecho de Toussaint Louverture, proclamaba la Independencia de Haití en Fort Dauphin.

René Depestre

por Manuel Maldonado-Denis

COMO es sabido, el Libertador Simón Bolívar concibió en todo momento que la libertad de los pueblos de América estaría siempre inconclusa si no incluyese en su abrazo libertador a Cuba y Puerto Rico. Sin la liberación de Cuba y Puerto Rico, aquellos últimos "dos florones de la corona española", el esfuerzo por liberar al continente del azote colonialista quedaría trunco, amén de que la independencia de los pueblos latinoamericanos estaría por siempre amenazada por aquello que Martí, años más tarde, describiría como el tigre perpetuamente en acecho contra las conquistas de los pueblos de lo que él denominó, con aguda visión histórica, "Nuestra América".

Bolívar no era ajeno en modo alguno a los anhelos y esperanzas de los pueblos del Caribe. Por el contrario, su ámbito de acción revolucionaria es en gran medida fraguado por su experiencia caribeña. Así, por ejemplo, sabemos de su exilio en Jamaica y de su famosa "Carta de Jamaica" (1818) donde delineó su proyecto histórico continental e incluye dentro de su preclara visión la liberación de Cuba y Puerto Rico. Sabemos, además, de su gestión cerca del revolucionario haitiano Petion, así como de su compromiso con éste respecto a la liberación de los esclavos negros en suelo venezolano. De hecho el Libertador no cesa en sus empeños de ver a toda América Latina liberada del colonialismo español.

Merece en tal sentido destacarse su famosa "Carta de Jamaica" escrita en Kingston el 6 de septiembre de 1815 donde el Libertador afirma que: "Las islas de Puerto Rico y Cuba que, entre ambas, pueden formar una población de 700 a 800.000 almas, son las que más tranquilamente poseen los españoles; por que están fuera del contacto de los indepen-

dientes. Mas ¿no son americanos estos insulares? ¿No son vejados? ¿No desean su bienestar?". En efecto, Bolívar lanza aquí un llamamiento para la liberación de Cuba y Puerto Rico como pueblos pertenecientes al concierto de los pueblos latinoamericanos. Acierto genial del Libertador aún en esa temprana etapa de la lucha libertadora cuando era difícil aún vislumbrar el triunfo de las fuerzas insurrectas. Existe evidencia histórica fehaciente tendiente a demostrar que Bolívar nunca cejó en su empeño de ver a Cuba y Puerto Rico como naciones libres y soberanas. Mas aún, el Libertador llegó a concebir la idea de una expedición militar dirigida hacia la liberación de ambas islas pero las circunstancias tanto nacionales como internacionales le impidieron llevar su proyecto hasta su culminación.

No debe dejarse de ver, en el momento de iniciarse la revolución bolivariana, la esclavitud negra signaba las relaciones de producción imperantes en toda el área del Caribe. La sola excepción a esa regla era la República de Haití, cuya gesta gloriosa de emancipación de la esclavitud culminó con la conquista de la independencia. Por eso resulta significativo el hecho de que Bolívar, al acordar con Petion las bases de la ayuda haitiana para el esfuerzo libertador hispanoamericano, se comprometiera a liberar a los esclavos negros dentro de los territorios liberados en Tierra Firme.

Bolívar concibe asimismo la idea del Magno Congreso Anfictiónico que tendría lugar en Panamá en 1826. Dicho Congreso tenía como propósito la unidad de todos los pueblos latinoamericanos en una gran federación de pueblos libres y soberanos. Pero los Estados Unidos se oponían a la independencia de Cuba y Puerto Rico, frustrando de esta forma el proyecto histórico bolivariano.

Bolívar fue un aristócrata venezolano que estuvo dispuesto a renunciar a todo por la

causa de la libertad de lo que el llamó la "América Meridional". Esa América meridional tenía unos rasgos étnicos y culturales propios que la distinguían de la otra América, la del Norte. Dentro de su visión internacionalista y latinoamericanista el Libertador tiene su mirada sobre el Caribe, caleidoscopio racial y cultural donde convergían en ese entonces todos los grandes imperios. Dentro de ese conglomerado de pueblos el Libertador acoge como parte de su visión preclara la liberación de Cuba y Puerto Rico, visión que no logra ver realizada por oponerse a ella fuerzas que sobrepasaban aún su extraordinaria capacidad para la acción revolucionaria.

Enemigo de la esclavitud y de la servidumbre, Bolívar sentó las bases para la emancipación del trabajo servil y esclavo en el continente. Su gran ejemplo como revolucionario echó los cimientos para el futuro, no sólo de los países por él liberados, sino también de todos aquellos que aún luchan por su libertad.

La historia del Caribe no sería la misma sin el pensamiento y la acción de Simón Bolívar. Pero, aún hoy, hay pueblos caribeños que no han logrado todavía plasmar en realidad los ideales bolivarianos de autodeterminación e independencia. Es por eso que doscientos años después el ideario de Bolívar sigue vigente. No se equivocó Martí cuando dijo: "Bolívar tiene que hacer en América todavía".

MANUEL MALDONADO-DENIS, ensayista puertorriqueño, es profesor de ciencias políticas en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Puerto Rico. Entre los numerosos estudios dedicados a su país merecen citarse en particular Puerto Rico, mito y realidad, Puerto Rico y Estados Unidos: emigración y colonización y Puerto Rico: una interpretación histórico-social.



Foto Charles Harbutt © Parimage, Paris

Una ejemplar aventura de cimarroneo cultural

por René Depestre

ANTE un mapa del Caribe uno no puede evitar soñar. En esta encrucijada del planeta la historia ha creado focos particularmente complejos de civilización en donde lo barroco, lo picaresco, lo mágico, lo épico y lo maravilloso se penetran y recortan mutuamente —con igual exuberancia— en los terrenos político, social, religioso y cultural. No obstante, cinco siglos de existencia ofrecen la perspectiva necesaria para el conocimiento y la identificación de una familia históricamente conformada por pueblos y culturas en el archipiélago antillano. Pueblos y culturas han sido modelados a la vez por la variedad y la concordancia de las condiciones de vida material y espiritual de la colonización y por las luchas de liberación ardentemente sostenidas para acabar con ellas.

RENÉ DEPESTRE, escritor haitiano, es miembro de la Secretaría de la Unesco. Ha escrito diversos libros entre los que cabe citar *Un arco iris para el Occidente cristiano (poesía)*, *Para la revolución y para la poesía (ensayo)* y *El palo enebado (novela)* y entre sus obras más recientes *Alléluia pour une femme-jardin* y *Bonjour et adieu à la négritude*. Ha sido profesor de la Universidad de La Habana y de la University of West-Indies (Mona, Jamaica). Ha colaborado en dos estudios colectivos de la Unesco: *Africa en América Latina* y *América Latina en sus ideas*.

Nuestras islas, fronteras de cinco imperios diferentes, se han definido durante largo tiempo no por sus realidades peculiares sino por referencia a Europa, África y el resto de América. Hoy en día es posible estudiar, interpretar y comprender *desde dentro* el sistema interno de valores propios de nuestras sociedades. En la escena mundial, el Caribe está intensamente presente con su problemática singular, su música, sus artes y sus letras, sus crisis de identidad y la dinámica de sus esfuerzos de mutación.

Antes de su encuentro en el hemisferio occidental los pueblos comprometidos en la experiencia de la colonización se ignoraban mutuamente. La ignorancia de sus características espirituales y físicas facilitó el proceso de enmascaramiento ontológico que ha caracterizado el curso de su historia. Los indígenas de las islas no conocían ni a los europeos ni a los africanos: siendo como eran arahuacos, siboneyes, taínos, caribes, un día se quedaron estupefactos de que les llamaran genéricamente *jindios!*

Poco tiempo después, una aventura semántica parecida sacudió la conciencia que de sí mismos tenían los yorubas, bambaras, ibos y mandingas del África subsahariana deportados bajo el disfraz existencial de

negros, hombres de color, nègres... Por otra parte, este modo "racial" de identificación de los miembros de la especie disfrazaba de *blancos* a unos pueblos provistos de su peculiaridad étnica de españoles, franceses, ingleses, holandeses, portugueses, etc. En el escenario de las colonias americanas la *necesidad* se presentó bajo una máscara blanca. El azar del color se transformó en historicidad colonial. La contradicción histórica blanco/negro sobrevivió a la esclavitud y a la colonización, bajo la forma de un mito semiótico en el que el hombre se convertía en un doble signo para el hombre. La ignominia y la violencia de este antagonismo "racial" se añadieron al conflicto universal entre el amo y el esclavo, entre el colono y el indígena, entre Próspero y Calibán.

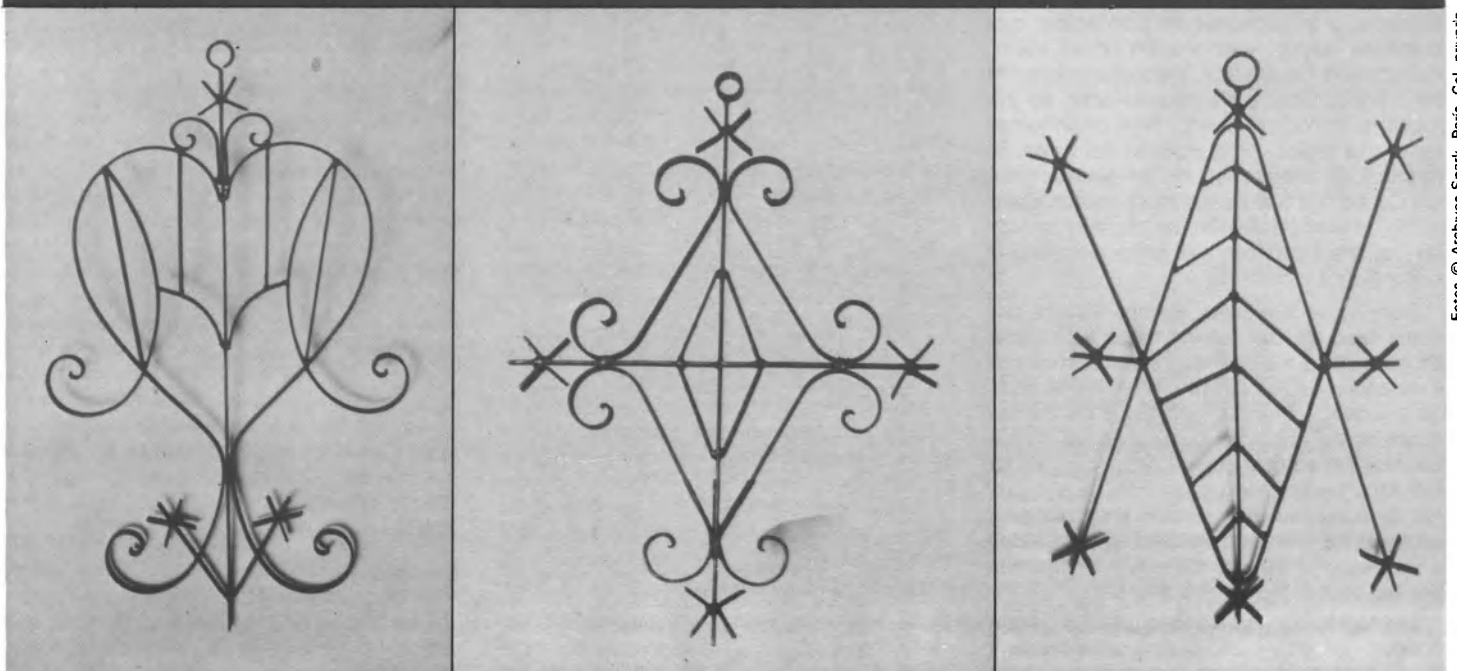
De ese modo, los rasgos somáticos, la apariencia física de los africanos; los europeos y los caribes se convertían en *signos sociales* que permitían identificar relaciones de dominación y de dependencia entre los conquistadores y sus víctimas. Se había adquirido la costumbre de introducir una relación de causa a efecto entre el color de la piel y la estructura facial de los diferentes grupos humanos y sus maneras particulares de inserción en la naturaleza y en la sociedad. A causa de la *racialización* de los conflictos sociales y culturales de la coloni-



Foto © Alexis Stroukoff, Vogre, Paris

Tan estrechamente asociada está la danza al culto del vodú, la religión popular haitiana, que un etnólogo como Alfred Métraux llegó a clasificar ésta entre las "religiones bailadas". Las *hunsis* (palabra de origen africano que significa "esposa del dios") son iniciadas que participan de manera activa y continua en las ceremonias del vodú (arriba) y que forman en torno a los sacerdotes o sacerdotisas una cofradía consagrada al culto de los *loas* o espíritus. Cada *loa* tiene sus baterías de tambores y sus danzas propias de origen africano, como el *bumba*, la *gabiennie*, la *calenda*, el *nago-grand coup*, etc. El *vevé* es un dibujo simbólico que representa los atributos del *loa* y que los adeptos trazan en el suelo con harina, ceniza, posos de café o ladrillo molido. Abajo:

tres *vevés* esculpidos en metal. El *corazón sin puñal* (a la izquierda) es el atributo mágico de la diosa Erzulie-Dantor, reina de la belleza y del amor, protectora de los hogares y de las aguas dulces. A la diosa Ayizan la Grande (en el centro) se la invoca al comenzar todas las ceremonias del vodú. Igual que su marido, Atibon-Legba, Ayizan vela sobre las puertas, las casas, las plazas públicas y los mercados. El último *vevé* (a la derecha) es el de los *marassa* o gemelos, a los que el vodú concede una importancia igual a la de los principales "misterios". Los *marassa* se relacionan con la lluvia. Como los demás *loas*, pertenecen a diversas "naciones" africanas: *marassa*-Guinea, Nago, Ibo, Congo, Dahomey, etc.



Fotos © Archivos Snark, Paris, Col. privada

zación, la esencia humana de los trabajadores pertenecientes a varias razas africanas quedó reducida a una fantástica *esencia-inferior-de-negro*, mientras que la esencia humana de los colonos procedentes de distintos países de Europa fue erigida en una no menos extravagante *esencia-superior-de-blanco*. Se trata de una doble reducción mitológica y semiótica que configuró la buena conciencia de los colonizadores venidos libremente de Europa e inferiorizó y desmanteló la conciencia de los esclavos llevados por la fuerza al Caribe.

El enmascaramiento de los cuerpos y de las almas precede al de la geografía. Al no encontrar el Oriente fabuloso que buscaba, Colón llamó Indias Occidentales a las islas de las que tomó posesión. Pero, a la hora de dar un nombre al conjunto de las "tierras descubiertas al otro lado de la mar oceana", la estrella de Américo Vespucio brilló con mayor resplandor que la del Almirante español: a estas tierras se las llamará *América*. Parece como si, para la ejecución de sus fantásticos designios en el hemisferio occidental, Europa necesitara siempre enmascarar a la vez el campo de su acción colonial y las realidades de los diferentes protagonistas que en ella participaron.

Como las demás tierras del continente, el Caribe entró pues en la historia moderna con una falsa identidad. Bajo una multitud de máscaras, la humanidad cobró en nuestra región una conciencia renovada de las formas, de los límites y de los horizontes del planeta. Europa vio abrirse ante su osadía fecundas experiencias en materia agrícola, alimentaria, astronómica, naval, militar. Logró un nuevo dominio del espacio terrestre y marítimo: cobraron nuevo impulso las teorías de la navegación, la cartografía, la evaluación de las distancias, de las corrientes y de los vientos.

El sistema de plantación fue el eje económico de esos progresos. Los portugueses lo habían ensayado ya en modesta escala en la isla de Santo Tomé. En el archipiélago antillano tuvo un auge espectacular gracias a la trata de esclavos y al impulso que dio a la producción de azúcar, tabaco, café, algodón, cacao, añil y especias. El combustible biológico africano permitió al comercio internacional y a la industria mecanizada aprovechar al máximo las innovaciones tecnológicas de la primera revolución industrial, aplicadas a la economía de plantación: máquina de vapor, evaporación en el vacío, transmisión de energía, métodos originales de lubricación, perfeccionamiento de los molinos, ferrocarriles, etc. Funcionando durante tres siglos como pulmón del mercado mundial, la producción de las plantaciones del Caribe fue uno de los mecanismos esenciales de la acumulación del capital y una de las causas históricas del éxito científico y cultural de Occidente.

Para lograr ese éxito, Europa intentó primero desculturizar radicalmente a la mano de obra india y africana. Tierra mestiza por excelencia, nacida de la simbiosis grecolatina y judeocristina, Europa temía las consecuencias del mestizaje cultural en las Américas. Para el adelanto de su comercio y de su industria necesitaba un ejército de servidores de robustos brazos, más bien que una orquesta de grecolatinos-de-color dedicados a propagar el espíritu de sus antepasados por las colinas del Nuevo Mundo...

Los europeos, portadores de un orden político, social y cultural que consideraban de derecho divino, no pensaban incorporar a



su patrimonio modelos exóticos. Contaban con que los dioses yorubas, fones, fanti-ashantis o congoleños desaparecieran pura y simplemente ante los santos católicos, por estimar que todo lo que no era *blanco* era a priori "bárbaro" o "salvaje". A los descendientes de los africanos se les pedía que perdieran la memoria de su pasado, que liquidaran su imaginación y su identidad para poder *zombificar* radicalmente su conciencia y su sensibilidad.

Por fortuna, el proceso sociocultural propio del Caribe siguió otro camino. Los nuevos pueblos que se formaban en el crisol antillano no encomendaron a la providencia de los imperios la tarea de forjar los componentes de una nueva identidad. Encastillados en sí mismos, atrapados en el mito "racial", no pensaron que, para pasar de la "barbarie" a la "civilización", tuvieran que imitar pura y simplemente los comportamientos, las artes y las costumbres de Europa.

Se ha hablado mucho de la aculturación de los descendientes de africanos sometidos a los modelos y los símbolos europeos. La antropología cultural, en particular, ha propuesto la noción de "reinterpretación", según la cual la "mentalidad africana" se mantuvo inmutable en sus relaciones con el trabajo, el derecho, la religión, la familia, la libertad, a lo largo del proceso caribeño de mestizaje de las culturas.

En realidad, un fenómeno de heterofecundación solicitó profundamente las raíces históricas y las fuerzas de creación de los

descendientes de África y de Europa. Las aportaciones culturales de los esclavos africanizaban la conciencia y la sensibilidad, el espíritu y el cuerpo de los colonos. Análogamente, las innovaciones de éstos europeizaban la imaginación africana. Este doble movimiento de interfecundación de las escalas de valores engendró una dinámica de mutaciones de identidad que expresa perfectamente el concepto de *criollización* de las sociedades antillanas.

Esta noción de *criollidad* es determinante para todo lo que se refiere al conocimiento, la interpretación y la comprensión de los fenómenos históricos del Caribe. Las herencias africana y europea, sometidas al metabolismo social del régimen de plantación, han desembocado en modos originales de pensar, sentir, actuar y soñar. Mediante el mestizaje de los elementos culturales heredados de los dos continentes y de las aportaciones precolumbinas, el Caribe se ha convertido en el *nuevo mundo* demasiado pronto imaginado por Colón, cuando su Europa ponía febrilmente máscaras a la historia de los demás continentes. La novedad del mundo caribe (y latinoamericano en general) es el resultado de un largo mestizaje que ha permitido a los pueblos oprimidos de la región *descubrirse a sí mismos* al arrancarse poco a poco todas las máscaras de la colonización.

¿Quiénes son, pues, esos caribeños, esos antillanos que no se han dejado nunca grecolatinizar? ¿Qué es lo que les identifica frente a Europa, África, las demás Américas y el resto del mundo?



Fotos © R. Berger, Zurich

Los *Ogú* del vodú haitiano (los *Ogún* de la santería cubana y del candomblé brasileño) forman una familia de espíritus o de divinidades (*loas*) cuyos miembros son dioses herreros. El nombre de *Ogú* va a menudo acompañado por diversas denominaciones originadas por la fusión sincrética de las creencias africanas y las de Europa —por ejemplo, Santiago el Mayor— y del mundo precolombino, como en el *Ogú* de la Piedra Blanca. En el festival de *Ogún* en Undo (Nigeria), un sacerdote lleva en torno al cuello una serpiente, uno de los animales favoritos del dios (página de la izquierda). Otro de los dioses más populares del vodú y de la santería cubana es *Changó*, que en el Brasil y en Trinidad se llama *Shangó*. Dios de las tempestades y del rayo, es también el protector de la fertilidad femenina y tiene la facultad de atravesar los ríos desbordados y los ciclones. A la izquierda, este portador de fuego participa en un festival de *Changó* en Ede (Nigeria).

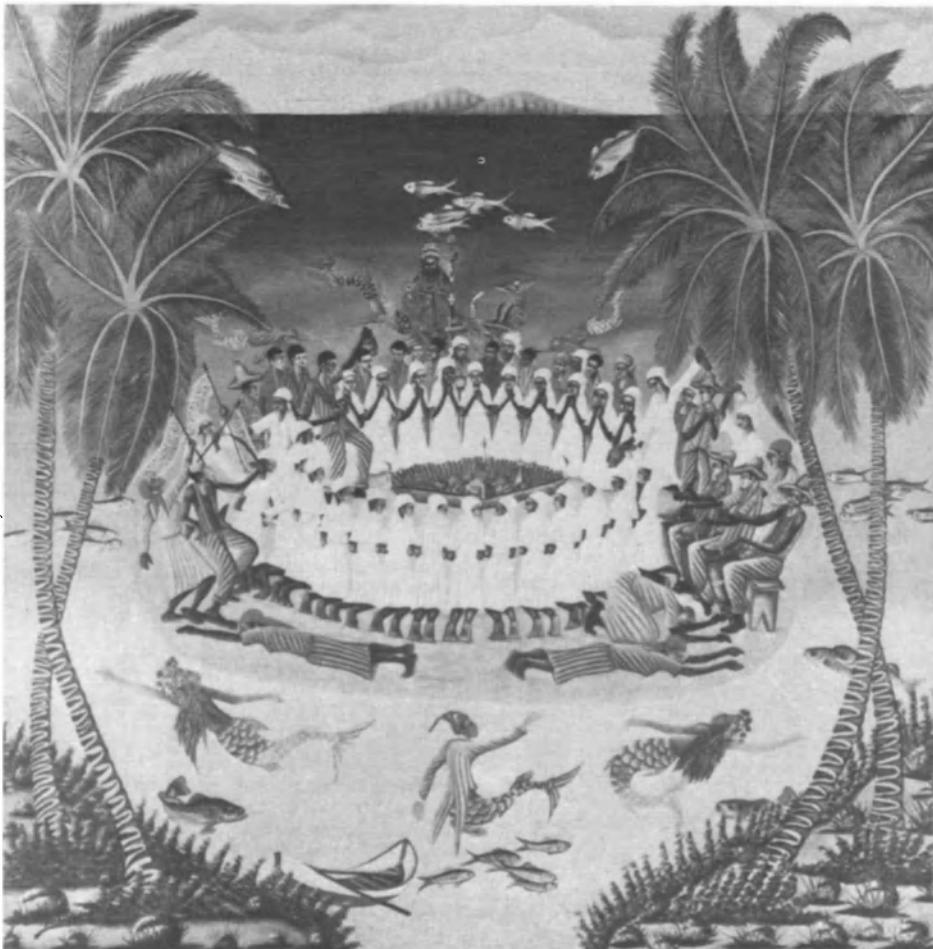


Foto tomada de *Chez les peintres de la fête du vaudou en Haïti* de Jean Marie Drot © Skira, Ginebra

Esta pintura popular haitiana representa la fiesta de *Agoué-Taroyo*, el señor del mar y de las islas. Este dios vodú reina sobre las aguas dulces, los ríos, los lagos, los estanques y las fuentes. A menudo se presenta a sus adeptos bajo la apariencia de un pez. Uno de sus símbolos es también un pequeño velero al que puede verse en los altares de los *humfors* (templos del vodú) y que es paseado solemnemente durante su fiesta.

Hoy es más fácil describir la condición de nuestras sociedades que en 1815 cuando, a juicio de Simón Bolívar, parecía "a la vez extraordinaria y terriblemente complicada". Los propios pueblos se han encargado desde entonces de poner fin a los recortes realizados en su historia con la espada colonial. Han buscado —y algunos han encontrado— respuestas adecuadas a los conflictos de identidad con los que se enfrenta heroicamente el Caribe desde los combates de liberación de Toussaint Louverture, Simón Bolívar, José Martí, Marcus Garvey, etc.

Actualmente existen en el Caribe instrumentos metodológicos que permiten reevaluar la historia de nuestras sociedades. Los nuevos marcos conceptuales se apartan del etnocentrismo, que reducía la reflexión a los esquemas trazados por los ideólogos de la colonización. Los tenaces prejuicios raciales que pesaban sobre los conceptos de la antropología y de la historiografía están retrocediendo gracias a una serie de trabajos interdisciplinarios que permiten un conocimiento exhaustivo de los procesos histórico-culturales, extremadamente complejos, que han originado la asombrosa diversidad y, a la vez, la unidad indiscutible de las culturas del nuevo mundo caribeño.

Ahora conocemos mejor la historia de los movimientos de resistencia a la colonización que animaron varias generaciones de *negros cimarrones*, desde 1519 hasta fines del pasado siglo. Los trabajos dedicados a las *repúblicas de cimarrones* han destruido el mito del supuesto espíritu de resignación de los esclavos africanos. Se ha descubierto que el cimarroneo no fue solamente un fenómeno social y político sino también la actividad espiritual que permitió a los trabajadores de las plantaciones americanas dotarse de una nueva escala de valores en la religión, la magia, la música, la danza, la medicina popular, las lenguas *creoles*, la cocina, la literatura oral, la vida sexual, la familia y otras expresiones de la vida en sociedad.

Al buscar nuevos fundamentos existenciales a su identidad, los esclavos del Caribe supieron extraer de la angustia misma de la "condición negra" que les habían inventado el dinamismo para mantener y lograr que prosperara en ellos el sentido universal de la libertad. Los esclavos encontraron respuestas mentales y motrices a unas situaciones de crisis que amenazaban gravemente con aniquilar y *zombificar* su conciencia social y su sensibilidad. Como sus predecesores del Imperio Romano, imaginaron religiones autóctonas de defensa, provistas de unas estructuras simbólicas y mitológicas que correspondían a sus deseos insaciados de hombres terriblemente humillados y ofendidos.

Este cimarroneo cultural no se ejerció con la misma eficacia en todas las zonas de la vida y de la cultura. Las lenguas de los amos no pudieron ser "cimarroneadas" por doquiera, aunque se observe una auténtica influencia de las lenguas africanas sobre el español y el portugués de las Américas. Salvo en las lenguas *creoles* de Haití, Martinica y Guadalupe, en el papiamento de Curazao y Aruba y en los *pidgins* antillanos y guayaneses, el cimarroneo de los idiomas europeos no se generalizó.

Análogamente, las tradiciones jurídicas de África occidental, y los modos de pensamiento político y económico propios de las sociedades precoloniales del continente africano, fueron destruidos. Las técnicas como

el trabajo del hierro y el tejido y las artes como la estatuaria, la escultura en madera y marfil, y otras expresiones del genio africano quedaron sumergidas por la "sensibilidad puramente socioeconómica" de la América colonial.

La acción histórica del cimarroneo no pudo eliminar tampoco las actitudes de lo que podemos llamar "tío-tomismo", el miedo y la vergüenza de ser "negro", el complejo de inferioridad, las actitudes de imitación, las formas de ambivalencia socializada que caracterizan a veces el comportamiento de los antillanos.

Ciertamente, los negreros de la trata económica han desaparecido de la escena, pero en pleno periodo de descolonización quedan todavía desgraciadamente "élites" que se dedican a imitar trágicamente los modelos institucionales de los imperios antiguos y modernos y a parodiar unos instrumentales psíquicos totalmente opuestos a las idiosincrasias de nuestras islas. Expulsado de la mansión del Caribe, el viejo Próspero de las plantaciones y de los molinos, famoso traficante de madera de ébano, encuentra servidores que le ayudan a entrar por la ventana.

Lo cierto es, sin embargo, que el renacimiento general del espíritu y de la sensibilidad prevalece sobre los fenómenos de resurgencia colonial. La memoria y la imaginación encomiendan nuevas funciones a los patrimonios culturales que nuestros pueblos han incorporado pacientemente a su existencia, a sus trabajos y, también, a sus sueños más secretos.

La cuenca del Caribe —que una visión maniquea de la historia presenta como tierras en llamas rodeadas de un mar en ebullición— está viviendo una nueva etapa de su aventura histórica. Capaz de llegar a ser lo que es, el archipiélago tiene en su conjunto, hoy, algo propio que expresar y lo hace con vigor en todos los campos del pensamiento y de la acción. Los factores históricos, ecológicos, sociales, lúdicos, políticos y religiosos cobran a menudo unas dimensiones épicas tanto en la vida como en las culturas de la región.

En cuanto al complejo literario y artístico del Caribe, traduce una sensibilidad dionisiaca, a la vez solar y onírica, que reúne en el mismo registro el realismo picaresco y el surrealismo popular. Entre el ser humano y la naturaleza caribeña se abre un golfo deslumbrador: la elemental alegría de vivir (a pesar de los atroces infortunios sociales) se codea con el goce casi erótico que proporciona el equilibrio de los sonidos, los colores y las formas. A este respecto, sin subestimar el papel de la literatura y de las artes plásticas, la música ocupa en el Caribe el primer puesto en la aprehensión estética de las experiencias vividas.

De una isla a otra, la dinámica musical, íntimamente ligada a la danza, crece en invenciones sonoras, concepciones melódicas, fuerza de percusión, vitalidad de timbres, que son una fiesta y una alegría sensual plena para el espíritu y el cuerpo.

El arco del Caribe acabará, pues, un día por romper el último lado del triángulo en que el comercio colonial encerró su destino, para lanzar en todas las direcciones de la solidaridad flechas musicales, plásticas, novelescas y poéticas. Ese día, el mundo recibirá la noticia de que las enfermedades de la historia y de la geografía pueden transformarse en suprema salud de lo real y de lo imaginario en el seno de las sociedades.

R. Depestre

PAGINAS EN COLOR

Página 21

Este lienzo del pintor haitiano Edouard Duval representa a un dios de la familia de los Zakas que desempeña un papel importante en la mitología vodú. Este Zaka a caballo es un Jefe de la agricultura y un dios campesino por excelencia. En medio de un paisaje fantástico, el dios y su montura tienen la misma mirada alucinada y burlesca. Ambos expresan la gran aventura de las esperanzas, de las verdades y de los misterios que iluminan íntimamente a la cultura haitiana, a través de una expresión literaria y plástica en que los sueños se convierten en paisaje y en seres cotidianos.

Foto © Alexis Stroukoff, Vogue, Francia

Páginas 22-23

La jungla (1943), cuadro del pintor cubano Wifredo Lam. Con justicia ha pasado esta obra famosa a la historia del arte mundial como resumen y cifra de la sensibilidad plástica del Caribe: es sin duda alguna el cuadro antillano por antonomasia y, como tal, una obra profundamente mestiza. Pintor formado en las vanguardias europeas, estrechamente ligado a Picasso y al surrealismo, Lam refleja en esta como en tantas otras de sus pinturas su experiencia visual y vital del hombre del Caribe. En la tumultuosa proliferación de formas vegetales no es difícil descubrir un paisaje que el artista pudo contemplar por doquiera durante su infancia cubana: un cañaveral, un campo de caña de azúcar. Ese parentesco profundo entre el cuadro y la naturaleza tropical antillana resalta en la homología de colores y formas con una estructura vegetal típica de muchas islas caribeñas (foto de la izquierda). Pero en la pintura de Lam no hay sólo naturaleza sino sobre todo cultura: la cultura esencialmente mestiza de su patria y de las Antillas en general. En *La jungla*, particularmente en los cuatro misteriosos personajes, fulge el mundo de imágenes y mitos de los cultos sincréticos cubanos en donde lo esencial africano se ha introducido y fundido en formas cristianas u occidentales dando lugar a una manifestación religiosa peculiar del Caribe y, en general, de Afroamérica: la santería cubana, pariente próxima del vodú haitiano y del candomblé brasileño. El dios Changó de los cultos yorubas americanos está presente en el expresivo frenesí animista de *La jungla*, en el color rojo —su color— de las hojas y las flores. Pero, aun más allá de la experiencia original antillana, el cuadro de Lam apunta a la experiencia de todo un mundo cuyo despertar anuncia: de él se ha dicho que constituye la primera declaración plástica de un Tercer Mundo que se ha percatado ya de la necesidad de poner en común todas las culturas.

Foto © Yvette Vincent Alleaume, París

Foto © Museo de Arte Moderno, Nueva York

Páginas 24-25

Mercado junto al puerto en Miragoane (Haití). La escena es haitiana, pero con su explosión de color, con su alegre algarabía de formas pintorescas y libres, con su exuberancia vital, recuerda vivamente paisajes y escenas de otras muchas islas antillanas.

Foto Michael Friedel © Rapho, París

















“Forjar nuestra propia historia”

por Marion Patrick Jones

PAGINAS EN COLOR

Página 26

Paisaje de salinas en la isla de Bonaire, que con Aruba y Curazao forma las Antillas holandesas, donde se habla una de las varias lenguas surgidas en la región del Caribe de la mezcla lingüística colonial: el papiamentu.

Foto Michael Friedel © Rapho, París

Página 27

Azúcar y tabaco son dos productos estrechamente ligados al sistema de plantación en que se basaba tradicionalmente la economía antillana, y aun hoy siguen siendo, sobre todo el azúcar, producciones fundamentales de la región. Arriba: restos de un ingenio azucarero en Tobago, símbolo del derrumbe de la economía de plantación. El viejo molino importado de Glasgow en 1857 ha sido invadido por la jungla. Hoy los centrales azucareros de la región suelen emplear la más moderna maquinaria. Abajo, campo de tabaco en Cuba, el país de los famosos “habanos”.

Fotos Michael Friedel © Rapho, París

Página 28

El carnaval es una festividad típicamente tropical y latinoamericana. Pero es en el Caribe donde la imaginación carnavalesca alcanza más altas cotas de exuberancia en las formas y los colores, en estrecha relación con la herencia africana. Arriba a la izquierda y abajo, dos imágenes del Carnaval de Trinidad, justamente famoso por su esplendor. Arriba a la derecha, *Diablito*, cuadro del pintor cubano René Portocarrero; los diablitos son figuras enmascaradas que danzan en grupo en algunos de los ritos sincréticos de la santería cubana. Su parentesco con las figuras del carnaval antillano es manifiesto: unos y otras nacen de la misma imaginación religiosa y vital.

Foto M. Moissard © Explorer, París

Foto Michael Friedel © Rapho, París

Foto © Miguel Rojas Mix, París. Colección privada, La Habana

DESDE hace siglos el mar embiste contra el acantilado. Es en Sauters, en la isla de Granada. Sauters, el sitio desde donde los indios se arrojaban al mar cuando las fuerzas invasoras europeas les acorralaban. Los valles se extienden hacia el norte, la Virgen morena vaga en torno a la aldea de Siparia, en Trinidad, y la Reina de los Caribes recorre tristemente las calles de la población de Arima en la fiesta de Santa Rosa de Lima.

Las desesperadas batallas de los caribes y de los arahuacos —rebautizados con el nombre de indios— no han sido aún cantadas. Sus grabados rupestres se han desmoronado en el mar y sus objetos de alfarería se coleccionan de vez en cuando. Quedan los nombres: Jamaica, Chacachare, Naparima. Es verdad que en Trinidad los mestizos de caribe o arahuaco con español pobre han preservado para nosotros el maíz, los platos de yuca, las guitarras, los bailes y canciones *parang* de las celebraciones navideñas, los remolinos del viejo vals español. Poco es lo que en Sauters recuerda todavía la negativa colectiva a vivir esclavos o la rebelión contra la conquista en Trinidad. Y la mayoría de los trinitarios siguen considerando la rebelión en términos de sacerdotes “martirizados” y, por tanto, como parte del salvajismo nativo.

Y no es por casualidad. Sucede que la historia ha sido siempre una selección de hechos, que no depende forzosamente de su verdadera importancia histórica sino de las preocupaciones del presente. La diferencia en el caso de los caribeños de habla inglesa radica en que, aun después de obtener su independencia, esa selección no se hace dentro sino fundamentalmente fuera de sus países. Tampoco se trata de una simple selectividad de índole colonialista o neocolonialista. Tanto la izquierda como la derecha consideran a los antillanos principalmente como un apéndice de la política y de las ambiciones raciales de negros y blancos.

Los héroes locales conocidos son los que influyeron principalmente en los negros del extranjero. La única manera de ser conocido en el ámbito de la cultura es publicar en el extranjero, tener críticas en las revistas extranjeras, exponer en el extranjero. Sin embargo, quienes realmente cuentan para los trinitarios en materia de danza son Bery MacBurnie y su conjunto “Little Carib”, y en música Ellie Manette y Spree Simons. Pocos jamaicanos pueden escapar a la influencia de Edna Manley en la escultura o de Louise Bennett en la canción. En las Bahamas se recuerda a Meta Cumberbatch cuando se trata de música. Esos artistas lucharon tenazmente en el interior de sus países para contribuir a que el caribeño sea como es, y figuran entre quienes mantuvieron la fe en unos países que parecían no tener futuro en sí mismos ni para sí mismos.

Las hermosas casas isleñas, con sus blancas balastradas de madera caprichosamente tallada, sus ventanas de hojas delgadas y sus celosías acanaladas, caen en el abandono y son reemplazadas por construcciones de hormigón amarillo, excepto las grandes mansiones de Jamaica y Guyana. Porque ¿qué importancia puede tener ese arte paciente de los pobres junto a una tradición *aristocrática* negra, que debe crearse para consumo externo; así como los propietarios

de la era de las plantaciones crearon su propia mitología de un pasado *aristocrático* blanco? Y no es una simple cuestión de color de la piel, de blancos y negros: una parte de los antillanos de tradición hindú aspiraban a descubrirse nobles antepasados brahmánicos. Pero lo verdaderamente nuestro es el *orinhi* o velo de las campesinas de la India.

Pocas personas saben de la existencia de J.J. Thomas, aunque ya en 1869 había establecido una gramática *creole* para un “dialecto” amenazado por el inglés. En su libro *Froudacivity* (1889) Thomas sentó las bases de una auténtica Historia del Caribe, como la conciben Eric Williams, C.L.R. James, Edward Brathwaite o Walter Rodney. J.J. Thomas nació hacia 1840, dos años después de la abolición de la esclavitud en las Antillas británicas. *Froudacivity: West Indian Fables Explained* era una respuesta a *The English in the West Indies* (1880), obra del inglés James Anthony Froude. Y aunque en Jamaica se recuerda a “Nanny of the Maroons” (la Nodriz de los Cimarrones) como la mujer que guió a los esclavos contra los colonos británicos, aun no goza en el extranjero de la reputación que sus dotes militares le habrían ganado si hubiera sido francesa, como Juana de Arco.

Esta preocupación por el “extranjero” afecta a la sociedad entera. Aun no se considera la historia del Caribe en el mismo plano que la historia de Europa. Ello se explica en parte por la fragilidad de unos países cuya historia se basó, durante algún tiempo, en el mito de que la dominación europea era algo natural. Pero la oposición a este criterio se expresaba a menudo como una adopción-reversión de la ideología dominante. Si la superioridad real radicaba en el alto nivel de la cultura europea, la respuesta consistía en considerar como del mismo nivel la cultura de la India y de Africa y a estos continentes como la fuente de una oposición real frente a Europa.

Esta idealización del extranjero, los complejos problemas de los países pequeños, el alto porcentaje de inmigrantes de los países “blancos” industrializados, el temor de la naciente clase media a ser absorbida por la plebe, fueron factores que impidieron constantemente un conocimiento del pasado que, con pocas excepciones, no superaba el nivel de la historia oral o de la narración folklórica.

Esa historia y esa cultura nuestras han sido pacientemente creadas a lo largo de una lucha que, en su mayor parte, tuvo lugar *dentro* y que fue principalmente una lucha popular cuya base se hallaba en los tugurios y barracones, en las plantaciones y granjas pequeñas. Fue, como en todas partes, una lucha que complicaban no sólo las cuestiones de raza sino también el hecho de estar o no liberados y los problemas de clase y de situación legal. Si bien el movimiento de los cimarrones fue capaz, gracias a las guerras que libraron de 1655 a 1880, de imponer un tratado por el cual Gran Bretaña les garanti-

MARION PATRICK JONES, de Trinidad y Tobago, es escritora, novelista y antropóloga. Entre sus obras figuran *Pan Beat* y *J'Ouvert Morning*.

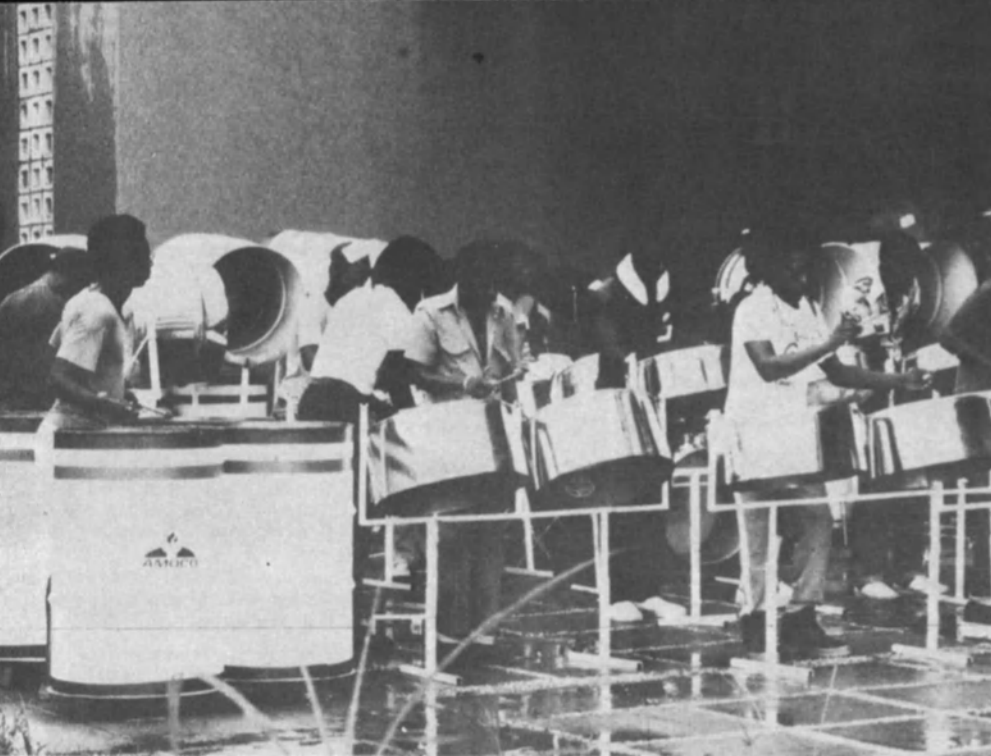


Foto P. Leclairre, Unesco

zaba su emancipación de la esclavitud, fue también utilizado por el gobernador Eyre para sofocar, en nombre de Gran Bretaña, la rebelión de 1865, en la que participaron George William Gordon, que propugnaba una ampliación del derecho de voto en Jamaica, y Paul Bogle, que proponía una mejor representación parlamentaria. Ambos fueron ejecutados por las autoridades coloniales acusados de "subversión".

La lucha a fines del siglo XIX participaba de la efervescencia que suscitaban J.J. Thomas en el plano de la cultura, en Trinidad, y Gordon y Bogle en el de la política, en Jamaica. La historia se conservó en la cultura popular y el descontento se expresaba en la política. De allí nació también lo poco que había de cultura elitista. Pero ambas formaban parte de una lucha política por la autonomía, por los derechos sindicales y, a veces, por la independencia. Nunca se trató de una simple lucha contra la supremacía racial o por la integración, aunque el racismo constituyó uno de los rasgos más salientes de la dominación colonial. Olvidar la relación entre la cultura popular y la política sería no comprender el carácter de la sociedad en las Antillas de habla inglesa.

En los decenios de 1920 y 1930 se destaca Alf Cadalle con sus cuadros llenos de seres míticos y de gente ordinaria hacinada en los patios de los viejos barracones. Así la belleza surgía de la pobreza característica del sistema colonial. Pero, al mismo tiempo, el capitán Cipriani se oponía a la intrusión colonial en las pocas zonas autónomas que quedaban. Alfred Richards organizaba a los estibadores en un sindicato, y había peticiones anuales para que se mantuviera el carnaval o para que se conservaran los templos de cartón piedra de los festivales de Hosea en la calle Saint James.

Nada de ello fue tan simple como parece ahora. En primer lugar, todo venía de un pasado que había visto a la población de Port of Spain incendiar el edificio de la administración central, durante los famosos motines de la Red House contra los impuestos sobre el agua. Se movilizó entonces a los obreros, a los desempleados, a los desposeídos, contra la administración británica y se hizo hincapié en algo muy importante: los derechos sindicales.

Hacia fines de los años 30 el descontento de la clase trabajadora estalló en una serie de rebeliones: una huelga en las plantaciones de caña de azúcar de Saint Kitts en 1935, una rebelión contra los impuestos aduaneros en

San Vicente en el mismo año, una huelga en las minas de carbón de Santa Lucía en 1935, una huelga de solidaridad en Barbados en 1937 que se convirtió en un conflicto de proporciones considerables, una rebelión en las plantaciones de Guyana en 1937, una huelga de estibadores en Jamaica en 1938. En Trinidad, Uriah Buzz Buttler aparece a la cabeza de un movimiento sindical; una mujer, sola, acaba con el temido Charlie King que mandaba las tropas policiales contra la huelga dirigida por Buttler. En Jamaica se destacan en las huelgas dos dirigentes: Manley y Bustamante, padres de la independencia jamaicana, que luego desempeñarían varias veces el cargo de primer ministro, y, no lo olvidemos, algunas mujeres decididas y valientes que alimentaban a los huelguistas y sin las cuales el movimiento habría fracasado.

Ninguno de esos dirigentes locales ha llegado a ser considerado como un héroe en el extranjero. Las tradiciones conservadoras de la revolución no han aceptado a Gordon, aunque sus principios coincidían con los de George Washington y los de Jefferson. Y en las tradiciones izquierdistas no figuran los esfuerzos de un grupo socialista al que en los desfiles del Primero de Mayo en Trinidad se recuerda junto a los nombres de Achong y Jones, que lucharon al lado de Richards y Cipriani.

En ese periodo hubo también un florecimiento de la cultura. En los años de la guerra surgen en los barrios de tugurios de Port of Spain las famosas *steel bands*. Esa música, creada por los pobres, que al comienzo, y ante el horror de la clase media trinitaria, se tocaba golpeando en tapaderas de cubos de basura robadas, durante los encuentros de pandillas rivales que se daban de bastonazos, iba a convertirse en la posguerra en la música nacional.

Este proceso también forma parte de la historia de la cultura en las Antillas de lengua inglesa. Sucede que los elementos de la cultura nacional elaborados por los pobres son al comienzo combatidos, y luego adoptados, por las clases cultas, ya se trate de baile, de música o de cocina. Así, el *reggae* se vuelve "jamaicano" por excelencia, el escritor Rex Nettleford adapta al teatro el baile popular, Sylvia Winter escribe sus mejores obras de teatro recurriendo a la mímica popular llamada de John Canoe (que consiste en disfrazarse para hacer mofa de las clases dirigentes), y nadie ha podido olvidar esa joya del teatro que es "La luna en un mantón irisado" de Errol John.

Y no florecen solamente la canción, la música y el baile. Los descubrimientos de Pawan sobre la rabia coinciden con esas creaciones de los años 20 y 30, Los trabajos de W. Arthur Lewis (que posteriormente obtendría el Premio Nobel) en materia de economía y desarrollo, o los de M.G. Smith (que luego sería profesor de la Universidad de Yale) en antropología social, no podrían explicarse aislándolos de los problemas populares o del esfuerzo para orientar nuestro propio porvenir. Ambos participaron en los años 40 y 50 en la lucha por la independencia y de ahí vienen tanto su grandeza como sus limitaciones.

¿Y qué decir de los hombres que nos condujeron hacia la independencia? También ellos tuvieron que enfrentarse con enormes dificultades. Tomemos por ejemplo a Eric Williams. Autor de una obra histórica básica sobre "Capitalismo y esclavitud", Williams llenaba la Biblioteca Pública de Trinidad de gente que iba a escuchar sus conferencias sobre historia en 1949 y 1950. Expulsado de la Caribbean Commission de entonces, por sus opiniones "parcializadas" sobre los negros del Caribe, Williams dijo lo que tenía que decir en una serie de conferencias en la plaza Woodford. Y es gracias a ellas que el pueblo de Trinidad y Tobago empezó a comprender que la independencia era la única solución para los problemas y conflictos que afectaban a todas las instituciones. Es verdad que teníamos un erario público en bancarrota y que éramos entonces mucho menos del millón de habitantes que contamos ahora, pero la mayoría de nosotros estábamos hartos.

El movimiento de independencia, así como la cuestión de las bases norteamericanas que lo acompañó, fue en sí mismo complejo. Algunos sectores bien definidos de la población se oponían a la independencia considerando que ella pondría fin a algunos privilegios. En Jamaica, el empuje hacia la independencia, dirigido por Manley y Bustamante, era la consecuencia directa del movimiento sindical; en Guyana, donde lo encabezaron Burnham, que llegó a ser primer ministro, y Cheddi Jagan, que entonces colabó con él, era resultado de las huelgas de los años 30. Grantley Adams dirigió el movimiento en Barbados. Y en las Bahamas, la embestida independentista acabó con los Muchachos de Bay Street (descendientes de ingleses que controlaban la política de las Bahamas excluyendo de la participación a la mayoría de los negros y cuyo nombre les viene del de la calle cuyo comercio controlaban también).

Sería demasiado optimista considerar que la lucha por la independencia ha terminado. Por el contrario, el empeño por forjar nuestra propia historia de acuerdo con nuestras propias realidades, y hacer que los demás la reconozcan, continúa. La proclamación de la independencia, que se inició en los años 60 y que sigue propagándose por la región, no es el comienzo ni el final de un proceso.

Debemos forjar nuestra propia historia. Porque somos caribeños. Porque el dorado árbol del *poui* florece para nosotros por un día. Porque las siemprevivas salpican con su color rojo nuestras colinas. Porque hemos contribuido con nuestros ahorros a ayudarnos mutuamente, hemos bailado la danza del limbo, hemos bebido el café negro en los velorios, hemos comido nuestros pasteles. Porque hemos creado una lengua, el *hill* de Jamaica, el *bajan burr* de Barbados, típicos de las Antillas. Y porque ésta es, como dice la letra de un calipso, "nuestra tierra y la tierra de nuestros abuelos y también la de nuestros hijos por nacer".

Que nos entierren y que entierren a todos cuantos nazcan hasta el fin del tiempo, bajo las colinas azules y las estrellas fijas de la noche del Caribe. Porque las colinas, las estrellas y el mar guardan las almas de nuestros antepasados combatientes.

M. Patrick Jones

Calendario lagunero

por Aimé Césaire

Habito una herida sacra
habito antepasados imaginarios
habito un querer oscuro
habito un largo silencio
habito una sed irremediable
habito un viaje de mil años
habito una guerra de trescientos años
habito un culto abandonado
entre bulbo y brote habito el espacio inexplorado
habito del basalto no una corriente
sino de la lava el macareo
que trepa por la barranca a toda marcha
y quema todas las mezquitas
me adapto como puedo a este avatar
de una versión del paraíso absurdamente malograda
—que es mucho peor que un infierno—
Habito de tiempo en tiempo una de mis heridas
Cada minuto cambio de apartamento
y toda paz me aterra
torbellino de fuego
ascidia como ninguna para el polvo
de mundos extraviados
habiendo arrojado —volcán— mis entrañas de agua viva
me quedo con mis panes de palabras y mis minerales secretos
Habito pues un vasto pensamiento
pero a menudo prefiero confinarme
en la más pequeña de mis ideas
o bien habito una fórmula mágica
las primeras palabras solamente
tras haber olvidado todo el resto

habito los hielos de los ríos
habito la ruina del deshielo
habito la faz de un gran desastre
habito con mayor frecuencia la ubre más seca
de la cresta más enjuta —la loba de esas nubes—
habito la aureola de las cactáceas
habito un hato de cabras que chupan
la tetilla del sideroxilón más desolado
En verdad ya no sé mi dirección exacta
Mar continental o abisal
habito el agujero de los pulpos
Lucho contra un pulpo por un agujero de pulpo
Hermano no insistas
montón de varec
aferrándome como cuscuta
o desplegándome como porana
da lo mismo
y que la ola rueda
y que el sol ponga ventosas
y que flagele el viento
giba redonda de mi nada

La presión atmosférica o más bien la histórica
aumenta desmesuradamente mis males
aunque vuelva suntuosas algunas de mis palabras

AIME CESAIRE, poeta y autor dramático martiniqueño, es alcalde de Fort-de-France (Martinica) y diputado de la Asamblea Nacional francesa. Entre sus obras cabe citar los libros de poemas *Les armes miraculeuses* y *Poemas* (Barcelona, Plaza y Janés, 1979), el drama *La tragédie du roi Christophe* y el ensayo *Toussaint Louverture*. Es uno de los primeros poetas de la actualidad. El poema aquí publicado es inédito.

F. Ortiz, padre de la antropología caribeña

por Lisandro Otero

EL 16 de julio del presente año se cumplió el primer centenario del natalicio de Fernando Ortiz, quien ha sido llamado, con razón, el tercer descubridor de Cuba (cediendo sólo ante Colón y Humboldt), por su obra magna, erudita y rigurosamente científica, uno de los principales factores en la formación de la identidad nacional cubana.

Ortiz fue uno, si no el primero, de quienes inicialmente advirtieron el carácter mestizo de nuestra cultura, señalando la fragmentación y disimilitud de nuestros orígenes y la naturaleza sincrética de algunas de nuestras creencias populares. El confesaba, en 1942, que cuarenta años antes se había interesado en los temas sociológicos, entonces novedosos, y se había adentrado en los problemas cubanos, "En seguida me salió al paso el negro. Era natural que así fuera. Sin el negro Cuba no sería Cuba." Comenzó, así, a estudiar al negro como factor integrante de la nacionalidad y halló de inmediato numerosos obstáculos y prejuicios. Existían pocos estudios y menor interés. Para algunos, aquello era como un rastreo en la conciencia, una exposición de culpas pasadas.

"Hablar del negro era cosa peligrosa —decía Fernando Ortiz en una conferencia en el Club Atenas— que sólo podía hacerse a hurtadillas... Hasta parecía que el mismo negro, y especialmente el mulato, querían olvidarse de sí mismos y renegar de su raza, para no recordar sus martirios y frustraciones, como a veces el leproso oculta a todos la desgracia de sus lacerias". En aquellos tiempos —comienzos de nuestro siglo— en que se iniciaba la república cubana, existía una burguesía empeñada en idealizarse y adoptar, miméticamente, patrones de pensamiento y comportamiento foráneos. Ortiz fue el primero que tuvo el rigor científico de buscar las verdaderas raíces y la audacia de proclamar su naturaleza. El principal aporte que realizó a la cultura cubana fue su comprensión del carácter híbrido de nuestros orígenes nacionales.

La huella de su indagación quedó en campos muy diversos de la cultura. Después de iniciarse en caminos penalistas y criminológicos, se orientó hacia la sociología, para seguir hacia la arqueología, la historia, la filología y la antropología, la musicología y la etnología. Ortiz nos mostró la vida social cubana en la dinámica interrelación de sus diversos factores. Durante siete decenios exploró, analizó y clasificó las culturas negras en Cuba.

Nicolás Guillén ha sintetizado muy bien el aporte de Ortiz al decir: "La vasta obra de Ortiz, acumulada en décadas de trabajo infatigable, acabó por desgarrar el velo que cubría la otra parte; y así como del lado del colonizador predominó la influencia castellana, pese a las diversas nacionalidades del mosaico hispánico, del lado del esclavo se impuso la influencia yoruba o lucumí, que determinó el carácter fundamental de la cultura de origen africano establecida en Cuba... Ortiz hizo familiar, cotidiana, la noción del mestizaje nacional y fijó para siempre el carácter de nuestra cultura, partiendo de un punto de vista estrictamente científico..."

Uno de los primeros problemas que enfrentó Ortiz fue el de la falta de herramientas apropiadas para su nueva tarea; no existían antecedentes, no había ni siquiera un léxico científico apropiado para describir los fenómenos que estudiaba. Ortiz acuñó nuevos términos como el de *afrocubano*, hoy tan familiar, y el de *transculturación*, para denominar la simbiosis de culturas. Su trabajo como escrutador de los rasgos específicos de lo cubano lo llevó al campo de la lingüística. En 1923 apareció su *Catauro de cubanismos*, en el que clasificó mil quinientas voces a las que llamó "cubicherías lexicográficas".

Su obra más conocida acaso sea el *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, donde no sólo realiza un profundo estudio de historia económica sino que acumula páginas

brillantes de nuestra mejor literatura, sometiendo a una confrontación dialéctica el espíritu del tabaco y el del azúcar en entidades abstractas: enfrenta así el azúcar blanco y el tabaco moreno, lo dulce y lo amargo, alimento y veneno, energía y ensueño, carne y espíritu, lluvia y tierra, sol y luna, día y noche, agua y fuego. La riqueza imaginativa se une a la documentación científica para dejarnos uno de los hitos de la cultura cubana.

Ortiz el etnólogo escribe *El engaño de las razas*, publicado en 1946, cuando el mundo recién emergía de la pesadilla fascista y de sus seudoteorías de la superioridad de la raza aria y la inferioridad de las razas semíticas, unas destinadas al predominio y otras a la servidumbre. La obra de Ortiz es una fundamentada refutación de esas hipótesis.

Pero Fernando Ortiz no fue sólo un erudito investigador, fue un animador y promotor de cultura. Así dio vida a numerosas instituciones, revistas y empresas editoriales, en tiempos en que tales actividades solían ser un empeño estéril.

En su interés por la influencia africana sobre nuestro continente, Ortiz llegó a abordar, con penetración, el análisis del área principal de agrupamiento y concentración de elementos culturales de origen afroide: el mar Caribe. Por eso es Fernando Ortiz un precursor de los estudios caribeños, no solamente en Cuba. Para América Latina, sobre todo por aquella parte que recibió influencias de África, su obra es de indispensable conocimiento por su esclarecedor aporte a nuestros procesos de transculturación.

LISANDRO OTERO, novelista y ensayista cubano, es Director del Centro de Estudios del Caribe de la Casa de las Américas. Entre sus novelas, traducidas a nueve lenguas, destacan *La situación*, *Pasión de Urbino* y *General a caballo*. Es autor de los libros de ensayos *Trazado*, *Razón y fuerza de Chile* y *En busca de Vietnam*.

Una cultura criolla



Foto tomada de *Catastrope à la Martinique*, ed. Herscher © Société de Géographie, Paris

por Edouard Glissant

EL área cultural y geográfica que designamos con el nombre del Caribe parece a primera vista indefinible tanto por sus componentes como por sus contornos. ¿Debe circunscribirse al arco de las islas o, por el contrario, incluirse en ella a las tres Guayanas, que son continentales, o a Panamá, cuya población es en parte antillana? También Venezuela tiene una "vocación" caribeña. Y en la celebración ya tradicional de *Carifesta* (Guyana 1972, Jamaica 1976, Cuba 1979, Barbados 1981) México está representado siempre. Incluso en Luisiana, en los Estados Unidos, la tradición *creole* sigue alimentando todavía muchas nostalgias. Por otra parte, algunas de las islas parecían inclinarse hasta ahora hacia una dimensión únicamente latinoamericana, como la República Dominicana y Cuba. Cuatro lenguas europeas (el español, el inglés, el francés y el holandés) son oficiales en distintos países de la región y en ésta se hablan por lo menos cinco variantes del "creole". ¿Cuál es, pues, esta realidad que surge brillante, variada, distinta entre las Américas —del Norte y del Sur— y que no puede concebirse dentro de ningún marco dado, ya sea lingüístico, político o étnico?

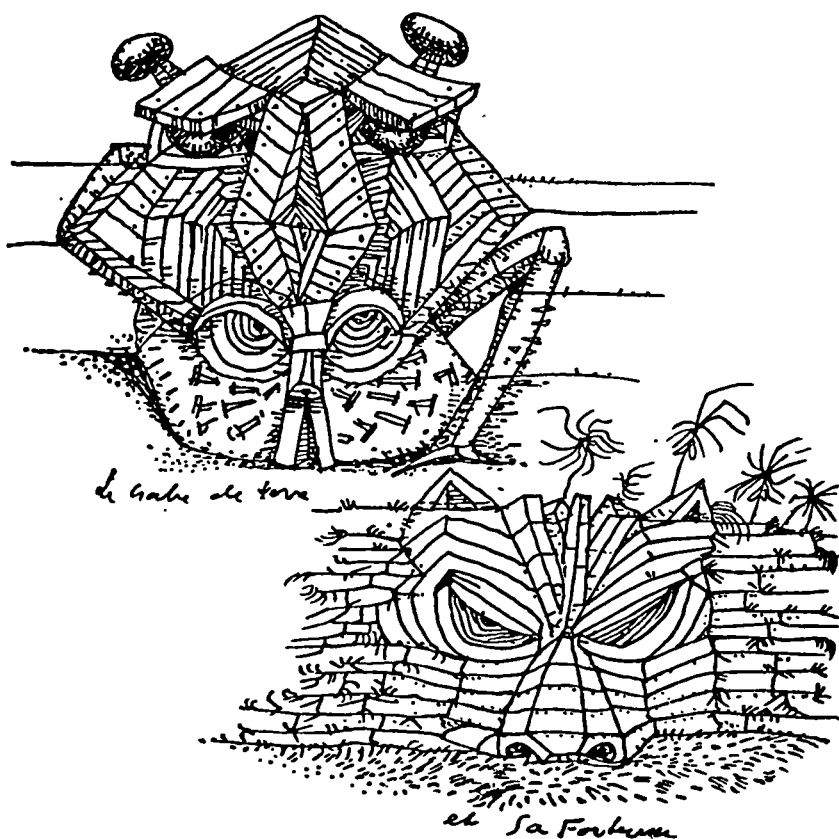
La respuesta que parece imponerse es que ese elemento de indeterminación constituye el signo mismo de la profunda riqueza del Caribe. O, mejor dicho, que la falta de precisión se encuentra más bien en el pensamiento de quienes siguen concibiendo el Caribe según las normas caducas y los esquemas antiguos con que en los siglos pasados se apreciaba el fenómeno histórico de la aparición de las naciones en Occidente o en otras latitudes. La región entera de las Antillas ha estado agitada por contradicciones fecundas sobre cuya acción y cuyos resultados es útil meditar.

— Por ejemplo, resulta ingenuo proclamar sin matices que aquí todo comenzó con Cristóbal Colón. El supuesto "descubrimiento" deja en el fondo un *remanente* en el cual los arahuacos y los caribes, primeros ocupantes de la región, pese a haber sido exterminados por los conquistadores, constituyen las raíces, desde luego a menudo inconscientes, de ciertos modos de ser.

— No menos absurdo sería ignorar las condiciones históricas de la nueva zona cultural así constituida a partir de la colonización y que por su naturaleza misma supone la mezcla, el mestizaje de los factores culturales, el cruce de las etnias, la tensión hacia una dimensión compartida de la realidad hu-

Me despierto, pensando en el fruto negro de la Aniba en su cúpula verrugosa y truncada... Los cangrejos han devorado un árbol entero de frutos blandos. Otro está lleno de cicatrices; sus flores surgían suculentas, en el tronco. Y a otro no se le puede tocar con la mano sin que inmediatamente lluevan de esas moscas de color.

Saint-John Perse



Ese país de sueño que son las Antillas para el pintor francés André Masson se presenta como un vértigo de lianas en la selva impenetrable y maravillosa. Sus cangrejos, surgidos de un limo original, están como acorazados de ramas. Minerales y leñosos a la vez, presentan unas raíces secas que pronto, en el horizonte, se perfilan como cocoteros. Pero para el antillano esta fortaleza del cangrejo es fácil de pelar: todavía constituye lo esencial de los festines que, para festejar la Semana Santa, organiza a la vera de los ríos en las Antillas Menores. Y los amantes de la buena cocina, de cualquier continente que sean, no olvidarán fácilmente el cangrejo de mar a la antillana, rico manjar de las islas.

EDOUARD GLISSANT, escritor martiniqueño, es autor de varios libros de poesía, novelas y ensayos, como *La lézarde*, *L'intervention poétique* y *Le discours antillais*. Ha publicado también una obra de teatro: *Monsieur Toussaint*. En 1967 fundó en Fort-de-France el Instituto Martiniqueño de Estudios. Actualmente trabaja en la Secretaría de la Unesco.

mana: un caso casi "orgánico" de la Relación mundial. Pero ese mestizaje no supone en modo alguno una aceptación pasiva de los valores impuestos.

— Tampoco puede subestimarse el factor primordial que resulta de la inmigración africana (a partir de la Trata) ni la ilusión que supondría considerar las Antillas como una réplica del continente africano. No sólo porque de la India vino una población inmigrante para trabajar la tierra abandonada por los esclavos africanos emancipados, no sólo por la impronta occidental, sino porque la fermentación de esos componentes dio como resultado *otra cosa*: nuevas culturas, una nueva civilización.

— Finalmente, no es legítimo basarse en la disparidad de las lenguas ayer impuestas a la región o nacidas de su ebullición para deducir de ahí la heterogeneidad de los pueblos que la habitan. Las Antillas constituyen uno de los ejemplos actuales de una civilización en plena efervescencia, que se construye en la exaltación del plurilingüismo: las lenguas son nacionales (como el español en Cuba o el inglés en Trinidad), pero su utilización es antillana, como lo será pronto su interpenetración.

Es verdad que esas contradicciones "constitutivas" son origen de múltiples conflictos y que, al mismo tiempo, han dado lugar a no pocos prejuicios ideológicos. La construcción de la nación en cada uno de los países de la región, la virulencia de la oposición entre las clases sociales y la necesidad de afirmar o de defender valores culturales frecuentemente inseparables del origen étnico, forjando para ello teorías generalizadoras (el indigenismo en Haití hacia los años 30 de nuestro siglo, la negritud, los resurgimientos antillanos del Black Power, el fenómeno rastafari en Jamaica), parecen abrir caminos opuestos.

Pero es la contradicción misma lo que da su valor a la civilización antillana. Esta sería difícil de apreciar si nos atuviéramos a ciertas categorías estáticas que excluyen la posibilidad de trascender, de ir más allá. Lo que las historias convergentes de los pueblos antillanos nos enseñan es quizás que las naciones pueden construirse hoy día al margen de las oposiciones negativas, así como los valores culturales no perecen por el hecho de ser compartidos. Los países antillanos, que han sufrido la experiencia de la esclavitud y a veces de las tiranías "locales", han pagado caro ese privilegio que supone el encuentro, el contacto de las culturas. El mar Caribe es el lugar de semejante comunión. Así lo resume Derek Walcott, dramaturgo de Santa Lucía, cuando dice: "El mar es historia, y eso mismo quiere decir Edward Kamau Brathwaite, historiador de Barbados, al afirmar: "La unidad es submarina"; poetas ambos fervientemente empeñados en sentir y expresar la larga labor de ese surgimiento.

El mar de las Antillas es un mar abierto. Los arahuacos y los caribes lo surcaron: nómadas marinos, su existencia errante se anclaba en una serie de lugares que volvían a ocupar periódicamente. Fue la colonización la que intentó y logró a veces "balcanizar" la región en una serie de territorios aislados, confinados en los conflictos que enfrentaban, en este como en otros terrenos, a las grandes potencias occidentales. Pero los esclavos de las Antillas Menores, alertados por rumores de origen incontrolable, trataron en 1794 de llegar al país de Toussaint Louverture, la futura Haití. Y pueden multiplicarse los ejemplos que demuestran que,

pese al confinamiento que pretendían imponer los colonizadores, las historias de los pueblos de esta región han convergido siempre entre sí. Sin embargo, el mar Caribe no agrupa en torno suyo tierras y pueblos concentrados en una unidad forzosa: no es, como antaño el Mediterráneo, un "mar interior". Su destino es abrirse, fragmentarse. Así se comprende la dificultad de delimitar con precisión los contornos de semejante fenómeno sociocultural. De Luisiana a Tobago y las Guayanas, los elementos de esta civilización se vinculan a realidades que, por lo demás, están relacionadas con otras áreas históricas.

De todos modos, esa imprecisión no se extiende a las bases culturales mismas de la realidad antillana. En los diversos lugares donde desembarcaban los esclavos, a lo largo de la costa americana, del norte del Brasil al sur de los Estados Unidos, y en todas las islas, se instauró el mismo sistema que permitió la explotación de diversos productos exóticos: especias, tabaco, añil, algodón, caña de azúcar. Es el sistema de las plantaciones, que no es sólo un sistema económico vinculado con la explotación de los esclavos, sino también un modo de existencia y un marco cultural donde toman su origen muchos cuentos antillanos así como el baile de la calinda y los blues.

La plantación es un lugar cerrado del que no pueden salir ni el trabajador ni el esclavo. Pero ese lugar cerrado se multiplicó hasta el infinito por toda la zona: "casa grande y senzala". Y es a partir de la plantación donde se desarrollan dos empresas políticas y culturales cuyo objeto es escapar al cerco: la huida de esclavos y el carnaval, ambos generalizados en la región.

La fuga de los cimarrones no es solamente un episodio de la lucha de los oprimidos contra los opresores, sino que ha determinado seguramente gran parte de la actitud y de los reflejos de los antillanos: se trata de escapar de otro encierro, el de los compartimentos intelectuales y culturales dentro de los cuales se ha mantenido a cada pueblo de la región. La conclusión histórica del fenómeno de los cimarrones es la búsqueda apasionada de la solidaridad caribeña.

El carnaval no es solamente un desbordamiento de los instintos liberados, fuera de los límites de la plantación, sino que ha reforzado progresivamente la tendencia a hacer de cualquier expresión cultural un acto de conciencia y, a la vez, una fiesta (Carifesta): la mancomunidad de las razones para expresar el mundo y la concepción que de él se tiene.

Es de la plantación de donde surgen el cuento, la canción, la cadencia del tambor, muy pronto relevados por las fulguraciones de los poetas (Guillén o Césaire), la plenitud de los artistas populares (los pintores haitianos), el desbordamiento y la síntesis de las artes modernas (Lam o Cárdenas), los análisis y la hondura de los novelistas (Carpentier o Naipaul).

Es sin duda el recuerdo de la plantación lo que impulsa a tantos intelectuales antillanos a vincularse al mundo de "los condenados de la tierra" y a identificarse con su causa: el jamaicano Marcus Garvey con los negros de Estados Unidos, el trinitario Padmore en Ghana, el martiniqués Fanon en Argelia. Esta suerte de exilio o de expatriación generosa está demasiado generalizada para que no tratemos de buscar sus causas fundamentales: una inclinación a comprender al Otro,

que se sitúa en el principio mismo de la realidad antillana, y una decisión de *salir de los límites*, que es algo así como seguir huyendo lejos de la plantación.

Así, si se considera que los países antillanos —cuya diversidad cultural es tan profusamente unitaria y fecunda— están todavía en busca de su identidad, es precisamente a causa de esta profusión que el pensamiento no está acostumbrado a contemplar en su conjunto. Y también por la razón de que el derrumbamiento del sistema de las plantaciones ha dado lugar, aquí y allá, a las variedades más opuestas de sistemas políticos o económicos cuyas distorsiones explican la dificultad de concebir o de aceptar el fenómeno antillano. La indeterminación no está



Foto tomada de *Catastrophe à la Martinique*, ed. Herscher © Société de Géographie, Paris

Descalza sobre el desnudo suelo, esta campesina de Martinica ajusta instintivamente sus movimientos y la posición de su cabeza para sostener la carga: el alimento cotidiano para la familia. En sus cestos, los humildes tesoros de la pobreza y de la dignidad. Ancestralmente las mujeres llevan de todo en las Antillas: piedras para los caminos, carbón traído por misteriosos barcos mercantes, frutos y hortalizas, las duras penas de la vida cotidiana y el porvenir de sus hijos.

Esta estatua de ébano del gran escultor cubano Agustín Cárdenas se titula *El Cuarto Famba I* (1973), nombre del lugar donde se iniciaba a los nuevos miembros de la sociedad cubana de los *Náñigos*, sociedad secreta negra en la que entraban sólo quienes se destacaban por su fidelidad a las tradiciones del continente africano original. Cárdenas comenzó esculpiendo estos impresionantes tótemes de madera, que son como llamas negras surgidas del fuego africano que anima lo más profundo del alma antillana. La forma de estas obras, a la vez serena y atormentada, señala la irrupción en la escultura moderna de esa misma sensibilidad mestiza que anima las creaciones pictóricas de otro gran artista cubano, Wifredo Lam (ver págs. 22-23 y la portada). Caso ejemplar de simbiosis de las culturas, la obra en madera y en mármol de Cárdenas, escultor formado como Lam en las vanguardias artísticas de Occidente, demuestra que el más profundo arraigo en la cultura original puede aliarse con la más audaz de las búsquedas formales y que el arte es a la vez confirmación de algo y creación de algo nuevo.

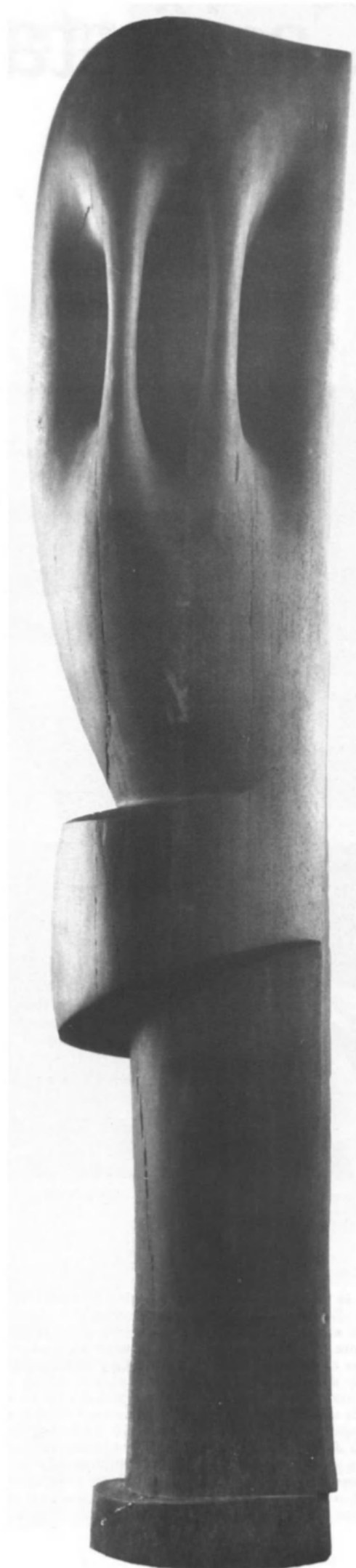


Foto © Luc Joubert Colección Le Point Cardinal, París

en la realidad sino que se instala, paralizándola, en la mente de quienes analizan las culturas antillanas.

En las circunstancias actuales no hay asomo alguno de que pueda establecerse una federación o confederación de los países de la región. El CARICOM (Mercado Común del Caribe) interesa principalmente a las Antillas de habla inglesa. Los regímenes políticos abarcan toda la gama posible. Y, sin embargo, nunca como ahora las culturas antillanas han mancomunado tanto sus rasgos específicos ni se han comunicado tanto entre sí dentro de una misma concepción diversificada del hombre.

Esta concepción ha culminado en lo que se ha dado en llamar la criollización, fenómeno de cuya ambigüedad da fe la etimología. Durante mucho tiempo se ha vacilado en definir al criollo como el blanco que vive en las Antillas, el blanco nacido en las Antillas o el descendiente de africano. La criollización no es un simple proceso de aculturación sino que entraña rasgos originales, nacidos a veces de contradicciones difícilmente soportables, y el principal de los cuales, aparte de los modos de vida y de los fenómenos de sincretismo cultural, es quizás una suerte de variación lingüística.

Esta variación afecta a las lenguas importadas, de cuyo uso en la región hemos dicho que es a veces sumamente particular. Pero su expresión extrema se encuentra en la diversidad de los *pidgins* (en las Antillas de habla inglesa) y particularmente en la existencia del "creole", lengua de compromiso, literalmente forjada en el interior de la plantación y que el pueblo antillano se apropió en Haití, Martinica y Guadalupe, Cayena, Santa Lucía y Dominica.

Esta lengua popular está desapareciendo en Trinidad y en Jamaica y jamás llegó a las Antillas de lengua española. Pero los diez millones de personas que hablan "creole" en el mundo (incluidos, fenómeno sociohistórico extremadamente curioso y significativo, los habitantes de la Reunión y de la Isla Mauricio en el océano Índico) están hoy día en condiciones de concebir un renacimiento de su lengua materna, amenazada en verdad por el peso tecnológico de las lenguas dominantes del mundo.

El hecho de que los pueblos de lengua inglesa de las Antillas Menores hablen ese mismo "creole" demuestra suficientemente que semejante idioma nada tiene que ver con los fenómenos de "dialectización" a partir de las grandes lenguas vehiculares, a lo que a menudo se ha querido reducir las lenguas de compromiso que surgieron en el contexto de la colonización. El "creole" no es una deformación dialectal del francés, al cual su sintaxis, supuestamente de origen africano, es totalmente extraña.

En la configuración mundial actual, el Caribe aparece, pues, como un lugar ejemplar de la Relación, en el que naciones y comunidades, cada una con su originalidad, comparten, sin embargo un mismo porvenir: esa zona de civilización se abre hacia las Américas, vence paulatinamente las barreras del monolingüismo paralizador, cobra conciencia de su destino original de crear una simbiosis y de asumir, en su superación, los elementos frecuentemente contradictorios surgidos de las historias convergentes de la cuenca del Caribe. En el mundo amenazado de hoy, éste es un destino eminente, a la vez frágil y profundamente arraigado.

E. Glissant

Carifesta

1 2



3

4

Fotos Unesco, tomadas de Carifesta 81

Las fotos de arriba proceden de una película de la Unesco realizada durante el cuarto Festival Caribeño de las Artes (*Carifesta*), que se celebró en Bridgetown, Barbados, del 19 de julio al 3 de agosto de 1981. *Carifesta*, que ahora se celebra regularmente, ofrece a los artistas del Caribe la posibilidad de presentar sus obras a un vasto público; el éxito que obtiene refleja la conciencia de la propia riqueza cultural que viene generalizándose en todas las Antillas. Si en general las artes antillanas son el producto de una afortunada síntesis entre lo europeo, principalmente lo español, y lo africano, esta fusión resulta particularmente notable en la danza, arte que trasciende con facilidad las barreras lingüísticas y nacionales. Especialmente rica es la herencia africana, frecuentemente mezclada a la tradición española. Las fotos 1 y 2 muestran la *ganga*, baile de Trinidad y Tobago: se trata de una ofrenda a Ogún,

el mítico dios del hierro de los Yorubas venidos del África occidental. En esas danzas los *orishas* o poderes espirituales deciden entre los mortales, *poseyéndolos* y transformándolos durante un lapso de tiempo que puede oscilar entre unos cuantos minutos y varias horas. En la foto 4, otra danza de Trinidad y Tobago en la que se manifiesta el aporte a las culturas del Caribe, esencialmente las de lengua inglesa, que hicieron los trabajadores hindúes llegados a la región en el siglo XIX y principios del XX. En la foto 3, bailarines de las Antillas holandesas, donde los ritmos africanos y los solemnes movimientos de las danzas europeas se han combinado en una forma de expresión muy original. Por otro lado, la herencia española, la más antigua y fundamental de la región, unida a la africana, se manifiesta en numerosos bailes cubanos, dominicanos y portorriqueños o en los vales de Trinidad.

Arquitecturas antillanas

Rincón de la histórica ciudad de Cap-Haitien, la segunda de Haití.



Foto M. Moissard © Explorer, Paris



Foto Kraft © Explorer, Paris

Iglesia católica de St. Mary en Kingston, capital de San Vicente.



Fotos Michael Friedel © Rapho, Paris



Casas en el paseo marítimo de Willemsted, capital de las Antillas holandesas.

Torre del convento de San Francisco en Trinidad (Cuba), ciudad fundada en 1514 por los españoles y, por tanto, una de las más antiguas del Nuevo Mundo. Este tipo de arquitectura inauguraba el estilo colonial español que se extendería por todo el Caribe y por toda Hispanoamérica, mezcla de tradiciones peninsulares y de realidades americanas.

La revancha de Calibán

por Roberto Fernández Retamar

A principios del siglo XIX, los victoriosos revolucionarios de la parte francesa de la isla de Santo Domingo, es decir, *Saint-Domingue*, decidirían cambiar, entre tantas cosas, el nombre mismo de la incipiente nación, que sería conocida como *Haití*, según habían llamado a la isla sus primeros habitantes. Más de siglo y medio después, los victoriosos revolucionarios de Cuba (país que había conservado su denominación aborígen) cambiarían los nombres de barrios aledaños de la capital, La Habana, donde residieron beneficiarios del sistema social derrocado; tales barrios, que se habían llamado *Country* y *Biltmore*, términos del inglés, serían rebautizados como *Cubanacán* y *Siboney*, nombres que, también en este caso, provenían de los primeros habitantes.

Sancionar una lucha de liberación mediante el rechazo de vocablos de origen europeo (o, en el caso de Cuba, euroamericano), y la reivindicación de otros correspondientes a los verdaderos *descubridores* de las Antillas, ha sido pues un procedimiento repetido en la zona. No deja de ser cu-

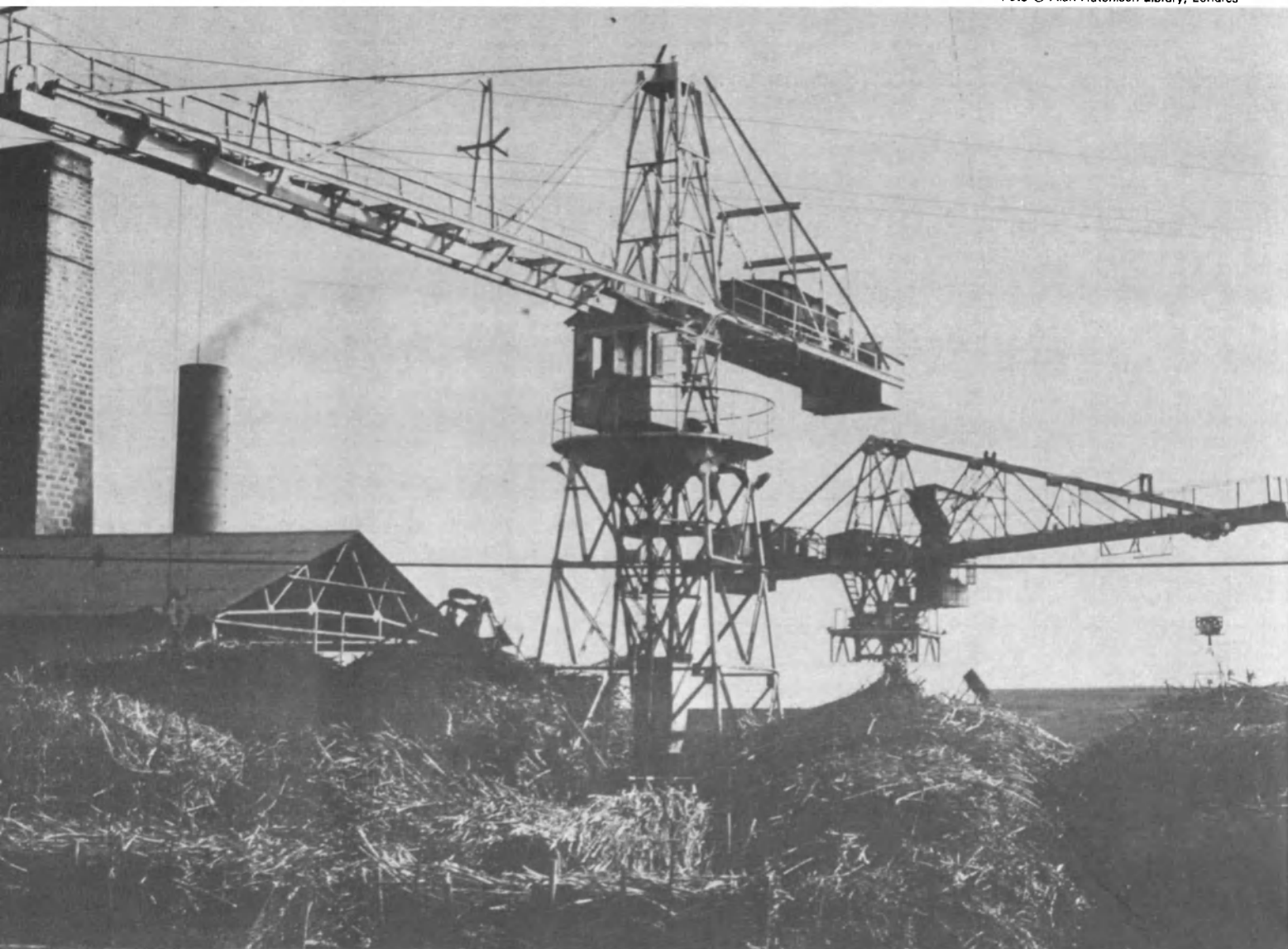
rioso, sin embargo, que ni en el caso haitiano ni en el cubano los habitantes de ambos países estuvieran étnicamente vinculados con aquellos hombres cuyas palabras esgrimían para proclamar una voluntad de plena independencia. De hecho, el arribo de los europeos a las Antillas (el mal llamado "Descubrimiento") implicó la llegada de una "civilización devastadora", según escribiera en 1877 el cubano José Martí, quien añadió, para explicar su juicio: "dos palabras que, siendo un antagonismo, constituyen un proceso." En efecto, pocas décadas después de tal llegada, los aborígenes (también mal llamados, por los occidentales, "indios"), sometidos a trabajos brutales, cazados como fieras, defendiéndose en vano contra armas muy superiores, entregados a suicidios colectivos, o sufriendo el contagio de enfermedades que desconocían y les eran mortales, habían sido prácticamente aniquilados, aunque quedaran de ellos vocablos (la mayoría de los de origen americano que pasaron a lenguas europeas), el cultivo de algunas plantas, objetos, hábitos como el de fumar, hoy también tan combatido: quizás el último capítulo, esta vez de humo, de una vieja

contienda que ha cambiado radicalmente de signo: ahora aspira a preservar la vida humana.

No podía haber pues, ni en haitianos ni en cubanos, la mera voluntad de reanudar una tradición cortada siglos atrás, con el exterminio de los hombres que la engendraron y mantuvieron. Pero la reivindicación de aquellos vocablos remite a una antigua polémica inextricablemente vinculada a toda nuestra América, y en particular a su zona caribeña. Tal polémica fue estimulada por la irrupción en Europa, la cual iniciaba entonces su desarrollo capitalista, de noticias de otro mundo (que completaba su conocimiento del globo terráqueo), al que acabarían llamando "Nuevo Mundo".

Los primeros hombres de ese "Nuevo Mundo" de que supieron los europeos fueron los habitantes de las Antillas. A ellos se hace alusión en la carta "fecha en la carabela, sobre la isla de Canaria", el 15 de febrero de 1493, en que Cristóbal Colón anunció a Europa su "descubrimiento". Tales hombres pertenecían a dos grandes comunidades, que a partir del norte de la Amé-

Foto © Alan Hutchison Library, Londres



rica del Sur se habían ido desplazando por las Antillas : la de los arahuacos, la cual incluía a siboneyes (o ciboneyes) y taínos, y la de los caribes, que acabarían dando su nombre al "Mediterráneo americano". Los primeros eran pacíficos ; los segundos, belicosos. Sobre ellos se elaborarían las dos grandes visiones del hombre americano que iban a alimentar durante siglos importantes discusiones de pensadores europeos. Discusiones de esa naturaleza e intensidad acaso no vuelva a conocerlas el ser humano hasta que alguna de las naves que ahora surcan el espacio cósmico tope con otros seres inteligentes. Lo cierto es que, sin embargo, por extrañamiento que parezca, aquellas viejas disputas, en alguna forma, aún no se han extinguido del todo, y probablemente no lo harán mientras sobrevivan en la Tierra formas de colonialismo.

Los primeros capítulos de esas disputas se desarrollaron entre españoles del siglo XVI, y versaban en torno a la conquista y el derecho del mal llamado "indio". A favor de este último se manifestaron hombres como Antonio Montesino (que en un sermón de 1511 convenció a Las Casas de la justicia de su prédica), Bartolomé de las Casas, el más enérgico y famoso de ellos, y Francisco de Vitoria ; y en contra de aquél (y, en consecuencia, partidarios de su esclavitud), otros como Gonzalo Fernández de Oviedo y Ginés de Sepúlveda. La polémica más resonante fue la sostenida entre Las Casas y Sepúlveda. El primero es suficientemente conocido como para que no sea necesario insistir aquí en él. Baste recordar que "El Libertador" por excelencia de nuestras tierras, el gran Simón Bolívar, llamó a Las Casas, por su valiente defensa de nuestros aborígenes, "el Apóstol de la América".

Pero la irrupción de datos sobre hombres otros en el pensamiento europeo no se limitó a España. Ya en 1516, influido sin duda por aquella irrupción, el inglés Tomás Moro dio a conocer su imagen de un país ideal, *Utopía*, cuyas similitudes con la isla de Cuba señalaría en 1963 el polígrafo argentino Ezequiel Martínez Estrada. Y en 1580, el humanista francés Miguel de Montaigne publicó su ensayo "De los caníbales", donde afirmó "que nada hay de bárbaro ni de salvaje en esas naciones, según lo que se ha referido : lo que ocurre es que cada cual llama *barbaries* a lo que es ajeno a sus costumbres".

Esta apreciación, con variantes, se mantuvo viva como una suerte de hipótesis de trabajo de lo que hoy llamaríamos la izquierda de la burguesía occidental en ascenso revolucionario, y al parecer alcanzó su apogeo cuando en 1754 Juan Jacobo Rousseau dio a conocer su respuesta al tema propuesto por la Academia de Dijon : *¿Cuál es el origen de la desigualdad entre los hombres ? ¿Está ella autorizada por la ley natural ?* Rousseau ha cargado con la fama de haber incurrido

en torpes ingenuidades a propósito de las presuntas excelencias del "buen salvaje". Pero la lectura de sus páginas no autoriza a atribuirle tales ingenuidades. Quizás más que nadie, él subrayó el carácter *hipotético* de aquella criatura : para él, "no es empresa sencilla la de distinguir lo que hay de original y lo que hay de artificial en la naturaleza actual del hombre, ni de conocer perfectamente un estado *que ya no existe, que tal vez no ha existido, que probablemente no existirá jamás...*".

Pero no cabe duda de que, para elaborar su hipótesis, Rousseau tuvo en cuenta más de una vez al hombre americano que encontraron los europeos, en especial al caribeño, aunque también, y esto es muy revelador, aludiera al africano negro. Los ejemplos aducidos de su "hombre salvaje" son a veces "negros" y a veces (o conjuntamente) "los caribes en Venezuela" ; a ratos, "los hotentotes del Cabo de Buena Esperanza", y en otras ocasiones, "los salvajes de América", aunque cuantitativamente estos últimos provean de más ejemplos. Así, hablará reiteradamente de ellos y en particular del Caribe, el cual, según su singular opinión, "es hasta ahora, de los pueblos existentes, el que menos se ha alejado de su estado natural". La tesis de Rousseau es harto conocida : "los que civilizaron a los hombres (...) perdieron al género humano". Su obra es una condena de lo que hasta entonces se había tenido por *civilización* y el anuncio de otro comienzo, el cual preservaría las bondades del hombre natural en un nuevo grado de desarrollo. La historia quiso que tal anuncio lo fuese, en lo inmediato, nada menos ni nada más que de la gran revolución burguesa de 1789.

Ahora bien, si el vago conocimiento de los hombres que encontraron los europeos a su llegada al mar Caribe iba a servir, de Moro (en cuya *Utopía* sobrevive la esclavitud) a Rousseau, para una defensa de la bondad original del ser humano dañada por la sociedad que ellos conocieron, y la postulación de una sociedad nueva (que resultó ser la burguesa, lo que no quiere decir que en ella se agotara lo mejor ni de Las Casas ni de Moro ni de Montaigne ni de Rousseau), otro concepto occidental muy distinto acerca de los aborígenes del Caribe iba a desarrollarse, primero paralelamente al anterior, para desplazarlo a la postre, sobrepasando el marco no ya del Caribe sino de toda América. Ese concepto, como el anterior, arranca de Colón, quien, trasladando a lengua europea lo que oía decir a los aborígenes en un idioma que él ignoraba (el taíno), menciona la existencia de *caribes*, a quienes también llama *canibas*, "la gente del gran Can" (no hay que olvidar que Colón creía haber llegado, en su primer viaje, a Asia), y *canibales* : gentes muy feroces que se dice que comen carne humana.

Si el otro antillano era el conjetural "buen salvaje", este de ahora será el no menos conjetural "mal salvaje" ; en relación con el cual el más tenaz contradictor de Las Casas, el renacentista español Ginés de Sepúlveda, exhumando la tesis aristotélica del esclavo por naturaleza, escribió que "con perfecto derecho los españoles ejercen su dominio sobre estos bárbaros (...), los cuales en prudencia, ingenio y todo género de virtudes y humanos sentimientos son tan inferiores a los españoles como los niños a los adultos, las mujeres a los varones, los crueles e inhumanos a los extremadamente mansos, los exageradamente intemperantes a los conti-

nentes y moderados, finalmente estoy por decir los monos a los hombres".

Ese "mal salvaje" alcanzará una imponente encarnación literaria cuando el extraordinario escritor inglés William Shakespeare haga aparecer al canibal, con el nombre anagramático de Calibán, en su última obra de teatro : *La tempestad* (1612). Allí, el caribe/canibal/ Calibán es un monstruo deforme que remeda al hombre : una criatura a quien el hechicero europeo Próspero le ha robado la isla y le ha enseñado el idioma, su idioma ; y que debe su sobrevivencia al hecho de que su trabajo es indispensable para sus amos. Acaso nunca antes ni después ha sido creado un gran texto literario que con tal nitidez y crudeza muestre la espantosa realidad del colonialismo. Canibal-Calibán es, de nuevo en términos modernos, la hipótesis de la derecha de la naciente burguesía occidental, que sembró el planeta de Prósperos explotadores y de Calibanes explotados. Es necesario recordar aquí que, si la hipótesis del "buen salvaje" de Rousseau buscaba apoyarse en ejemplos provenientes de aborígenes antillanos y de negros africanos, el sustantivo "canibal", en el sentido de antropófago bestial, iba a aplicarse no sólo ni preferentemente a los caribes, valga lo que valga la etimología, sino sobre todo a los caricaturizados africanos con que familiarizaron al mundo las películas en apariencia inocentes de Tarzán.

Triste destino el de los primeros habitantes de nuestras tierras : haber servido para admirables textos soñadores y para ilustres obras de arte de la naciente burguesía europea, pero, en la práctica, no haber podido sobrevivir al impacto brutal de la "civilización devastadora" de aquélla. Por haber sido aniquilados, y por necesitarse como mano de obra nuevos Calibanes, millones de africanos fueron descuajados de su gran continente y arrojados en calidad de esclavos a nuestras tierras, y más tarde sufrieron suerte similar no pocos asiáticos. De la mezcla (aún en elaboración) de los descendientes de opresores europeos y oprimidos afroasiáticos nacimos los caribeños de hoy. Pero sólo a esta luz dramática se entiende por qué el primer país antillano en obtener su independencia y el primero en abrirse a un nuevo régimen social hayan reclamado su herencia preoccidental : la dolorosa herencia del exterminado Calibán que descubrió y enriqueció los sitios donde vivimos.

Tal herencia, sin embargo, no puede por sí sola dar razón de la identidad cultural del Caribe posterior a la llegada de los europeos. El nuevo Caribe es una de las tres zonas mayores que conforman nuestra América : zonas que esquemáticamente han sido llamadas Indoamérica, Afroamérica y Euroamérica ; y se corresponden, en nuestro subcontinente, con los que el antropólogo brasileño Darcy Ribeiro ha llamado pueblos testimonios, pueblos nuevos y pueblos trasplantados. Todos tienen en común ser pueblos co-

Los países y pueblos del Caribe se esfuerzan por superar el legado de dependencia que afecta a sus economías basadas en el monocultivo y por dejar atrás su condición de meros apéndices de las metrópolis coloniales. A la izquierda, un moderno ingenio azucarero en Barbados.

ROBERTO FERNANDEZ RETAMAR, *ensayista y poeta cubano, es profesor de la Universidad de la Habana y director de la revista Casa de las Américas. Su ensayo Calibán. Apuntes sobre la cultura en nuestra América ha sido traducido al francés, inglés, italiano, portugués y húngaro. Entre sus otros libros en prosa cabe citar Ensayo de otro mundo y Lectura de Martí. Antologías de su poesía se han publicado en francés, ruso, italiano, inglés y serbio-croata. En Poesía reunida y A quien pueda interesar ha recogido sus poemas desde 1948 hasta 1970. Posteriormente han aparecido Palabra de mi pueblo y Circunstancia y Juana.*

Logotipo de CANA, la agencia informativa creada en 1975 con apoyo de la Unesco por los países de habla inglesa del Caribe.



La Unesco y el Caribe

LA escuela de una aldea de la República Dominicana, los teletipos de la Agencia de Prensa del Caribe (CANA), un laboratorio de investigaciones biológicas aplicadas o un equipo de control de la contaminación marina, son algunas de las formas de la presencia múltiple de la Unesco en la vida de las poblaciones del Caribe.

En el terreno de la educación, la Unesco ha resuelto llevar adelante un "Proyecto Regional Mayor". Sus objetivos son la escolarización, antes del final del siglo, de todos los niños en edad escolar, la eliminación del analfabetismo y el fomento de la educación de adultos. Paralelamente, deberán aplicarse las reformas necesarias para elevar la calidad y la eficacia de los sistemas educativos. Estos objetivos, y la estrategia y las formas de acción para su consecución, fueron definidos en una reunión intergubernamental organizada en Quito en abril de 1981. Esos acuerdos muestran la voluntad política de los Estados miembros pertenecientes a la región de esforzarse en impulsar un desarrollo económico y social que tenga por base al hombre y su formación integral.

La Unesco lleva también a cabo importantes actividades en materia de ciencias exactas y naturales. En el marco de su programa MAB (El Hombre y la Biósfera) contribuye al desarrollo integrado de las zonas tropicales húmedas. Igualmente estudia los acuciantes problemas que se relacionan con la roturación de los cultivos, los cultivos itinerantes, los movimientos migratorios de población desde las montañas a los valles tropicales, etc. La Unesco también presta apoyo, en función de las necesidades de cada país de la región, a la creación de infraestructuras en el campo de las ciencias del mar.

En cuanto a las ciencias sociales, cabe citar los estudios que la Unesco realiza en torno a los componentes socioculturales del desarrollo endógeno. De ellos habrán de derivarse proposiciones para elaborar estilos originales de desarrollo, que respondan a la exigencia de respetar la identidad cultural de cada pueblo. La Organización colabora también de modo concreto con los diversos organismos que se preocupan del progreso de las ciencias sociales en la región, estimulando especialmente la investigación y la formación.

En los planos de la cultura y de la comunicación, la Organización dedica especial atención a los contactos culturales en la zona del Caribe y al estudio de su evolución. Procura estimular la traducción de textos hacia y desde la lengua *creole* y se propone emprender la preparación de una "Historia General del Caribe". El 24 de julio de 1983, bicentenario del nacimiento del Libertador, la Unesco otorgará por primera vez el Premio Internacional Simón Bolívar, destinado a honrar a aquellas personas o instituciones que hayan realizado actividades de importancia notable al servicio de la libertad, la independencia y la dignidad de los pueblos.

Ionizados primero y neocolonizados después, uncidos, como tierras de explotación, al mercado capitalista mundial. Todos tienen en común, también, numerosos rasgos de muy distinta naturaleza. Por eso constituyen una unidad. Pero esa unidad no es uniformidad ni monotonía: ni excusa de señalar las características específicas de cada zona. La nuestra, a veces llamada Afroamérica, es la zona que en torno al Caribe integra esa sociedad sustentada en el sistema de plantaciones, con rico aporte humano de procedencia africana que habrá de hacerse sentir de modo decisivo en nuestra cultura, en nuestra vida toda, y más tarde también con aportes asiáticos diversos.

Nuestra historia inmediata, pues, la del Caribe moderno, es la historia del mar que en el alba del capitalismo vio llegar a los conquistadores europeos y dirimir aquí sus querellas depredadoras; el mar que vio surgir, a principios del siglo XIX, la primera revolución victoriosa de nuestra América, la formidable Revolución Haitiana, que venció (antes que España y Rusia) a las tropas napoleónicas, abolió la esclavitud y abrió el camino de la independencia latinoamericana; el mar que a finales de ese siglo contemplara el primer movimiento concreto, organizado por Martí, para frenar al entonces naciente imperialismo moderno y, en nuestro siglo, el triunfo de la primera revolución socialista de América.

Nuestra identidad cultural remite, necesariamente, a ese turbulento ámbito histórico. Y lo hace con una conciencia creciente de cuanto tenemos en común, a pesar de haber sufrido (y en algunos casos sufrir aún) metrópolis distintas y, en consecuencia, hablar diversos idiomas. Hemos vivido en común el colonialismo, el neocolonialismo, el imperialismo, el subdesarrollo, el racismo; el latifundio, la plantación, el monocultivo; la esclavitud, la travesía, la trata; los hacendados, los mayorales, los esclavos, los cimarrones; la caña, el café, el banano; el ingenio, la casa de vivienda, el barracón. A veces, desde luego, el sincretismo no da resultados exactamente iguales, pero sí harto parecidos, como el vodú haitiano, la pocomanía jamaicana y la santería cubana. Y quizás nada muestre más la identidad que compartimos que nuestra música, la cual iba a encontrar reconocimiento mundial. Esa "bullanguera novedad venida de Indias" de que ha hablado donosamente Alejo Carpentier es audible desde los primeros años de la conquista, y prosigue viva en guarachas, rumbas, congas, sones, boleros, mambos, cha cha chás, calipsos, *reggae*, merengues, tamboritos, sambas, bossa novas, salsas: sin que podamos olvidar que la cultura esclavista de la plantación desarrollada multiseccularmente en la zona abarcó incluso, más allá de nuestra América, al sur de lo que hoy son los Estados Unidos, donde el encuentro afroeuropeo hizo brotar los *negro spirituals*, los *blues* o el poderoso *jazz*, primos hermanos de nuestras producciones musicales.

Pero nuestra plena identidad no está lograda aún, ni lo estará hasta que desaparezca del área el último vestigio de colonialismo y de neocolonialismo. Sólo entonces estaremos en condiciones de afirmar, con múltiples raíces que contribuyen a hacernos mundiales, nuestro carácter de encrucijada esencial en la historia del hombre: una historia que ya no padeceremos, sino protagonizaremos, y que en parte ha comenzado.

R. Fernández Retamar

José Martí, Apóstol de "Nuestra América"



Foto © Shark International, París

Autorretrato de José Martí (1853-1895)

MARTÍ es una de las figuras históricas más nobles, más puras, ricas y profundas de América Latina. Su personalidad se yergue en el linaje histórico en que aparecen Bolívar y San Martín, Hidalgo y Morelos, Sucre y Toussaint Louverture, padres de la independencia de sus pueblos y combatientes ilustres e incansables en la lucha contra la dominación colonial.

Martí nació en La Habana el 28 de enero de 1853. Hijo de un funcionario íntegro y modesto del gobierno español de Cuba, su hogar fue el de un niño pobre, agobiado por la necesidad y por los trabajos agotadores. El espectáculo cotidiano de la arbitrariedad y de la corrupción hizo de él un inconformista y un rebelde aun antes de la adolescencia; a la publicación de su obra dramática *Abdala*, llena de fervor patriótico y de ansia de libertad, las autoridades españolas de la isla le incoaron un proceso por "deslealtad" y le condenaron a trabajos forzados a la edad de 16 años. Quebrantada su salud, se le conmutó la pena de prisión por la de confinamiento en la Isla de Pinos y, en 1871, por la de exilio en España.

Su vida será desde entonces una peregrinación angustiosa y ávida por Europa y América, y esta vida errante le brinda, junto con los sufrimientos del expatriado, la fuerza y la envergadura de sus criterios políticos y la amplitud de su cultura.

En España, Martí tiene la oportunidad de conocer por dentro el régimen corrompido

que gobernaba Cuba, pero también — testimonio y medida de su espíritu — la de comprobar las sólidas virtudes del pueblo de la península y de penetrar en las raíces de su lengua. De España pasará a México donde realiza una intensa labor de conferenciante y de periodista. Su contacto con el México de la época le hace identificarse para siempre con los problemas de América Latina, a los que dedicará en lo sucesivo lo mejor de su actividad política y cultural.

Martí vuelve a Cuba en el momento en que se firma la Paz de Zanjón, en 1879, tras la primera guerra de independencia. Allí ratifica, en artículos y discursos brillantes, su convicción de que sólo la acción armada podrá liberar a Cuba. Condenado por ello nuevamente al exilio, parte para España, se traslada a París y por fin desembarca en 1880 en Nueva York, donde pasará los catorce últimos años de su vida.

Cuando llega a Estados Unidos, Martí ha tomado ya la decisión de dedicarse en cuerpo y alma a la liberación de Cuba. Para ello debe allanar las diferencias y las rencillas entre los caudillos, determinar la mejor contribución que pueden hacer los grupos de cubanos emigrados, precisar el carácter y las consecuencias mediatas e inmediatas de la lucha armada que prepara, convencer a todos de la oportunidad y de la excelencia de la guerra liberadora. Pronto se atrae la adhesión fiel de sus compatriotas y llega a ser el jefe indiscutible de la lucha por la emancipación de sus país.

En 1891 funda Martí el Partido Revolucionario Cubano, instrumento fundamental del movimiento armado que prepara. Desde entonces, y hasta el estallido de la revolución de 1895, su vida será una larga carrera estrechada, un viaje incesante a través de América del Norte y también por América Latina. De acuerdo con los jefes separatistas cubanos Máximo Gómez (dominicano de nacimiento) y Antonio Maceo, Martí decide el comienzo de las operaciones. Redacta y firma, juntamente con Gómez, la víspera del combate, el Manifiesto de Montecristi, documento fundamental en el que se determinan la naturaleza y los objetivos de la revolución por él organizada.

El 11 de abril de 1895, Martí desembarca en Cuba y se incorpora como simple soldado a las tropas insurgentes. El 19 de mayo del mismo año, una bala española pone fin a su vida en Dos Ríos, en la parte oriental de Cuba.

Cuando parte para su isla, consciente de que va a dar su vida por la libertad, el dirigente revolucionario deja en Nueva York una obra multiforme y vasta que, una vez compilada íntegramente, ocupará 27 gruesos volúmenes. Estos demuestran que el austero deber revolucionario no impidió en ningún momento el trabajo específico del escritor. Y aunque destacan, por su aporte al modernismo, sus libros de poemas *Ismaelillo*, *Versos libres*, *Versos sencillos* y *Flores de exilio*, en los que expresa sus preocupaciones y presentimientos de hombre y de revolucionario, parece indiscutible que es en el periodismo donde alcanzó su nivel más elevado, con las célebres crónicas publicadas en numerosos países del continente, donde se muestra verdadero informador universal de los pueblos latinoamericanos. Autor de incomparables biografías (de Emerson, Whitman, Thoreau, Longfellow), de diarios y de una correspondencia que constituye una verdadera proeza, crítico de literatura y arte notable por su pronóstico preciso y por su previsión justa, es, sin embargo, la pasión por América Latina la que no le abandona un solo instante. Su preocupación por el presente y el porvenir de los pueblos hispánicos del hemisferio le absorbe por entero. Es, pues, con justicia que al "Apóstol" de los cubanos se le ha llamado "ciudadano de América".

Su acción se concentró, en lo inmediato, en su patria y en las Antillas, de las que escribió en 1894: "En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una República imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder (...); y si libres (...) serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia de la América española aun amenazada y del honor para la gran República del norte, que en el desarrollo de su territorio (...) hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores..."

Pero, como escribe el poeta y ensayista Roberto Fernández Retamar, "Lo propio es para Martí, en lo más cercano, Cuba (...); y, en lo mayor, el continente americano al sur del río Bravo: nuestra América mestiza. Si en toda su obra hay una constante alusión a esta idea, ella adquiere máxima claridad en su texto fundamental, verdadera Carta magna, de esa actitud: el trabajo que Martí llamó explícitamente *Nuestra América*. Allí está la afirmación de la originalidad rotunda de sus tierras. Esta actitud es de capital importancia, porque constituye el mayor sustento del ideario martiano: es a partir de esta afirmación, de esta confianza, de este desafío, que se articula el resto de su pensamiento." □

Esta semblanza de José Martí se basa, en lo esencial, en un estudio mucho más extenso y profundo de Juan Marinello, ensayista cubano, quien entre sus numerosas obras nos dejara Martí, escritor americano y Once ensayos martianos

Marcus Garvey o el sueño africano

por Kenneth Ramchand



Foto © James Vanderzee

EN la primera mitad del siglo XX surgieron en el Caribe y América del Norte una serie de movimientos de las poblaciones de origen africano que trataban de afirmar así su herencia cultural y sus raíces. Los negros del Nuevo Mundo sostenían con su trabajo la economía y habían pagado caro el derecho de pertenecer a él, pero no se sentían a sus anchas en las sociedades occidentales hacia las que habían sido embarcados sus antecesores africanos. Se les decía que la emancipación había llegado, pero a la mayoría de los negros les parecía más bien terminada mucho tiempo antes. Las condiciones en que vivían como hombres supuestamente libres eran por lo menos tan descorazonadoras, particularmente tras la primera guerra mundial, como las que habían padecido sus antepasados encadenados.

"En los quinientos años últimos de la historia del mundo, jamás se ha hecho un intento serio por liberar a los negros. Se nos ha engañado haciéndonos creer que Abraham Lincoln nos hizo libres, que Victoria de Inglaterra nos hizo libres, porque seguimos siendo esclavos hasta ahora. Somos esclavos en la industria, somos esclavos en la sociedad, somos esclavos en la política, y el Nuevo Negro quiere una libertad sin fronteras ni límites" (Marcus Garvey, *Philosophy and Opinions*).

De todos los movimientos que surgieron para proporcionar un sustento emotivo y un apoyo práctico a las víctimas de esa situación dramática, el más espectacular fue el que suscitó Marcus Mosiah Garvey, fundador de la Asociación Universal para el Mejoramiento de los Negros (UNIA). Nacido en la colonia de Jamaica el 17 de agosto de 1877, Garvey murió oscuramente en exilio en la metrópoli británica en 1940. Entre estas dos fechas, Garvey alcanzó una preeminencia extraordinaria entre los negros de América. Era el Moisés Negro, el guía espiritual enviado para liberar a su pueblo de la servidumbre; y fue también el creador de un reino político, Su Excelencia el Presidente Interino de África.

"Me pregunté: ¿Dónde está el Gobierno del negro? ¿Dónde están su Rey y su reino? ¿Dónde están su Presidente, su país, y su embajador, su ejército, su marina, sus hombres de grandes negocios? Y no pude encontrarlos; entonces decla-

ré: Yo ayudaré a crearlos... Y vi ante mí, incluso como lo veo ahora, un mundo nuevo de hombres negros, no de peones, siervos, perros y esclavos, sino una nación de hombres vigorosos que dejan su impronta en la civilización y aportan una nueva luz para iluminar a la raza humana" (Marcus Garvey, *Philosophy and Opinions*)

Se ha calculado que en su momento culminante, a mediados de los años 20, la Asociación creada por Garvey tenía entre cuatro y seis millones de miembros con filiales, adherentes o partidarios en todos los países donde había poblaciones de origen africano.

Garvey soñaba con un día futuro en el que todos los negros retornarían a un África unida e independiente. Pero, en espera de ese día, los negros del Nuevo Mundo podrían contribuir a la creación de un África libre a la cual volver los ojos en busca de protección mientras erraran por el mundo, y a la cual regresar cuando fuera necesario: "una nación nuestra, suficientemente fuerte para ofrecer protección a los miembros de nuestra raza dispersos por todo el mundo y para imponer respeto a las naciones y razas de la tierra". En sus países de adopción los negros podrían, al mismo tiempo, organizarse "con el propósito declarado de mejorar nuestra situación desde el punto de vista industrial, comercial, social, religioso y político".

Sin embargo, como consecuencia de la mala gestión, la incompetencia, la codicia y la corrupción de algunos de sus lugartenientes, la mayor parte de los proyectos económicos de Garvey se fueron a pique como los barcos que los propietarios blancos le vendieron a precios de mercado negro para su compañía naviera Black Star que intentaba convertir en la base de un comercio en manos de los negros y en el símbolo de la repatriación.

En cambio, sus proyectos educativos estuvieron más cerca del éxito, aunque no del que él inicialmente descontaba. Tras la fundación de la UNIA en Jamaica en 1914, Garvey propuso la creación de colegios para los negros jamaicanos según el modelo del Tuskegee Institute de Booker T. Washington. Con el propósito de consultar personalmente a éste sobre tal proyecto Garvey decidió hacer en 1916 una visita a Estados Unidos, como resultado de la cual se desplazó a este país la base de sus operaciones. Su empresa educativa más duradera fue, sin embargo, la creación del semanario *Negro World*, que se publicó de 1918 a 1933. En sus páginas se exponía pormenorizadamente el "garveyismo" y sus lectores se instruían en las glorias de la historia africana, el heroísmo de las rebeliones de negros y, comparativamente, el salvajismo de los pueblos de Europa.

"Cuando Europa estaba habitada por una raza de canibales, una raza de salvajes, de hombres odiosos, bárbaros y paganos, África estaba poblada por una raza de negros ilustrados, que dominaban el arte, la ciencia y la literatura; hombres cultos y refinados, de quienes se decía que eran como los dioses" (Marcus Garvey, *Philosophy and Opinions*).

Había cosas inconsistentes y confusiones en el pensamiento de Garvey y en sus actos, y sería fácil valerse de ellas para acusarle de extremista y de loco, como muchos intelectuales negros lo hicieron en su época. Su antagonismo, limitado al comienzo a la clase de los mulatos y de los blancos de Jamaica, se amplió luego a los intelectuales negros, a quienes Garvey consideraba invariablemente como lacayos de la América Blanca. Y hasta llegó a colaborar con el Ku Klux Klan, compartiendo con esta organización el anhelo de la pureza racial y de que los negros emigraran de Estados Unidos. Siempre imprudente y poco diplomático, Garvey tuvo frecuentes choques con las autoridades norteamericanas hasta que finalmente éstas dieron cuenta de él, acusándole de un delito insignificante y "fabricado": el de utilizar los servicios de correos de Estados Unidos para tratar de defraudar a los inversionistas de la Black Star Line. En 1928 Garvey fue deportado de Estados Unidos a Jamaica donde le esperaban opositores blancos y mulatos. Humillado en su país, el profeta fracasado partió exilado a Inglaterra, donde murió derrotado y desilusionado.

En 1964 los restos de Garvey fueron exhumados de su tumba londinense y llevados nuevamente a suelo jamaicano. Algunos años después se le proclamó oficialmente Héroe Nacional. Pero, aun antes de este acontecimiento, tanto sus contemporáneos como quienes jamás participaron en su movimiento habían comenzado a distinguir los desatinos y las flaquezas de aquel hombre vanidoso, ególatra e inseguro de sus logros duraderos.

Los elementos más sólidos de su filosofía y de sus opiniones no eran nada nuevo, y muchos de ellos habían sido ya formulados por intelectuales o escritores negros, de algunos de los cuales Garvey probablemente jamás oyó hablar. Sin embargo, orador hábil, verdadero director de espectáculos y propagandista extraordinario, Garvey se comunicaba con los negros más simples y ordinarios y llegaba a sus corazones como nadie lo había hecho hasta entonces. Antes de Garvey nadie había sido capaz de organizar un movimiento de tal magnitud y fervor en el seno del inmenso proletariado negro. Nadie había excitado tanto su imaginación. "Yo le enseñaré al negro a ver la belleza en sí mismo", había dicho. Nadie les había inculcado jamás semejante estimación de sí mismos.

KENNETH RAMCHAND, de Trinidad y Tobago, es profesor de literatura de las Indias Occidentales en la Universidad de las Indias Occidentales. Entre sus publicaciones se cuentan *West Indian Narrative*, *The West Indian Novel and its Background*, *West Indian Poetry* y *An Introduction to the Study of West Indian Literature*.

El reggae surgió a comienzos de la década del 60 en los barrios pobres de las ciudades de Jamaica, y pronto experimentó un ascenso meteórico. Hoy es conocido en el mundo entero, siendo apreciado especialmente por los jóvenes. Los latidos de la batería y de las guitarras son una síntesis de ritmos africanos y afroamericanos. Los textos de las canciones se inspiran en el doloroso capital de la memoria popular y evocan ora asuntos de actualidad, ora los temas perennes de la pasión :

*“Cuando el látigo azota mi recuerdo,
en mis venas siento la sangre helada.
Vuelvo a ver la bodega del negrero:
hasta mi alma, allí, era torturada.”*

Nadie conoce con certeza el origen de la palabra *reggae*. Pero lo cierto es que las raíces del reggae se hunden en el pasado de Jamaica. Allí, como en el resto del Caribe, los esclavos conservaron vivos los ritmos, los cantos y las danzas de África.

El Reggae, expresión musical de una liberación

por Sebastian Clarke

Texto © copyright.
Prohibida la reproducción.

EN 1509 desembarcaba en Jamaica el primer cargamento de africanos expedido por los europeos hacia el “Nuevo Mundo”. Aunque los españoles obtuvieron considerable provecho de su conquista, los fundamentos de la economía de la isla no sufrieron un cambio radical hasta 1655, con la llegada de las naves y las tropas enviadas por Cromwell cuya tarea fue la de arrebatar sistemáticamente a los españoles todos los territorios que ocupaban en el Caribe. Los ingleses, con la ayuda de los africanos, no tuvieron dificultad en apoderarse de Jamaica, que contaba con reducida población y cuyo valor era escasamente apreciado.

La esclavitud no logró domeñar la voluntad de resistencia de los africanos, cuyos alzamientos jalonan la historia de la isla. Los que lograban escapar se refugiaban en las montañas y allí se organizaban de acuerdo con patrones sociales, culturales, políticos y religiosos análogos a aquellos que habían conocido en África.

Esos esclavos cimarrones luchaban contra los ingleses, saqueando las plantaciones y sembrando el terror entre los amos. Los numerosos descatalogos militares acuartelados en la isla no consiguieron someterlos. Finalmente, los ingleses tuvieron que concertar con ellos tratados de paz, reconociéndoles el derecho a permanecer en sus tierras, con la condición de que no dieran refugio a otros esclavos fugitivos.

A fines del siglo XVIII los esclavos cimarrones ya no eran más que una fragmentada fuerza de oposición. Pese a su situación miserable, los africanos lograron conservar importantes elementos de su cultura. Así, tenían su propio dialecto, mezcla de inglés y de lenguas africanas; entonaban cantos que hablaban de su situación y de su vida; y para Navidad y otras fiestas tocaban sus tam-tam y danzaban ataviados con vestimentas de tipo africano.

Como los europeos no hicieron un real esfuerzo por convertirlas al cristianismo, las poblaciones de origen africano conservaron buena parte de sus prácticas religiosas, mientras los sacerdotes administraban el bautismo en serie y a cambio de una paga. Pero, en 1794, el ex esclavo y predicador afronorteamericano George Liele alcanzó éxito considerable al fundar una iglesia bautista etíope. Las formas del nuevo culto eran muy similares a las de los cultos que los africanos habían profesado en sus lugares de origen, y el nuevo credo les brindaba un camino de redención y salvación que les ofrecía la posibilidad de recuperar la libertad después de la muerte.

En la década de 1860-1869 Jamaica vivió un período de auge del fervor religioso. Se destacaban, en la parroquia de St-Thomas, el predicador bautista negro George William Gordon, miembro del consejo local, y Paul y Moses Bogle. Con su acción y su prédica reavivaban la llama de la religión, y al reclamar justicia para los pobres se convertían en los campeones de su causa. Ese movimiento fue el origen directo de la rebelión de Moran Bay, en 1865.

Las autoridades recurrieron a la milicia británica para sofocar la sublevación. Gordon y Paul Bogle fueron ejecutados. La importancia de ese movimiento no debe ser subestimada, pues en esa parroquia iba a nacer más tarde el movimiento *rastafari*, fenómeno político y religioso a la vez. La palabra proviene de Ras Tafari, que era el nombre del

emperador de Etiopía Hailé Selasie antes de su coronación en 1930.

En la década de los 40, la música afronorteamericana tenía excelente acogida en Jamaica. Éxito similar alcanzarían en la década de los 50 el *rhythm and blues* y el *boogie-woogie*, derivados de estilos musicales vinculados a formas de vida semejantes a las de los jamaicanos y con una misma raíz ancestral: África. Por todos lados se escuchaba esa música, en los sitios públicos y en las radios. Aprovechando que la isla se encuentra a sólo 160 kilómetros de Miami, los jamaicanos escuchaban las transmisiones de onda corta de las emisoras del sur de Estados Unidos. Owen Grey, Winston Jackie Edwards, Laurel Aitken, Alton Ellis y otros cantantes jóvenes imitaban los estilos musicales afronorteamericanos. El ritmo del boogie-woogie, marcado por el piano, despertaba el entusiasmo de los oyentes de Jamaica. En cambio, el rock-and-roll, que emergió a comienzos de los años 60 desplazando el *rhythm and blues* afronorteamericano, no consiguió conquistar a los jamaicanos.

Conservaron éstos la base rítmica del piano, incorporando a ella nuevos elementos. En un comienzo siguieron apegados al lenguaje del *rhythm and blues*, pero poco a poco se emanciparon para crear su propia música. Merece destacarse el hecho de que ese proceso coincidiera con el acceso de Jamaica a la independencia, en 1962. Los músicos provenían en su mayoría del subproletariado urbano, el mismo medio que había engendrado la filosofía rastafari. Los impulsaban motivaciones políticas y culturales. Sus composiciones solían inspirarse en asuntos de la actualidad local y mundial. Por ejemplo, la titulada *Independence Ska* es creación de los Skatalites, el primer grupo jamaicano de acompañamiento.

Las primeras grabaciones en disco de la música rastafari datan de 1958. El legendario artista jamaicano Prince Buster que imitaba

SEBASTIAN CLARKE, escritor y periodista nacido en Trinidad, ha escrito abundantemente sobre el arte moderno del Caribe. Es editor de *New Planet, antología de las letras modernas del Caribe* (1979), y autor del libro *Jah Music* (Londres, 1980). Prepara actualmente una biografía de Bob Marley.

SIGUE EN LA PAG. 46



Foto Jacques Pavlosvsky © Sygma, Paris

El reggae es una música creada por las gentes pobres de la capital de Jamaica, Kingston, cuyos sentimientos y vivencias expresa con sus ritmos y sus estridencias mágicas. Pero hoy se ha convertido en un fenómeno internacional. Arriba, la figura más famosa del reggae, el recientemente desaparecido Bob Marley, acompañado por el grupo I-Threes, en un concierto dado en Le Bourget, cerca de París, en julio de 1980, al que asistieron decenas de miles de entusiastas de este tipo de música.



Foto Owen Franken © Sygma, Paris

La música es una fuerza en la vida de la comunidad negra, tanto en Jamaica (arriba) como en el resto de América o en Europa.

con la voz el sonido del saxofón, instrumento demasiado caro para que él pudiera comprarse uno, se encargó de la grabación del viejo tema afronorteamericano *Oh Carolina*, en interpretación de los Folkers Brothers. En la batería, Count Ossie inmortalizó los compases rítmicos de esta música.

La independencia permitió a los jamaicanos participar en el poder y percibir sus frutos. En los decenios de los 60 y los 70 las luchas políticas, que venían de antiguo, se intensificaron, con la presencia del subproletariado urbano, que contaba con músicos e intérpretes capaces de reflejar en canciones su situación y sus anhelos.

La música popular jamaicana se vincula, por su génesis, con las otras expresiones musicales del Caribe. En la década del 50 conoció su apogeo el *mento*, en que se mezclan el calipso y los ritmos de las Antillas de habla hispana. Desde finales de la década de los 70, la música jamaicana coquetea con el calipso, cuyo ritmo se incorpora al *reggae*. Hay que destacar que los temas del calipso han influido directamente en las composiciones de los cantantes jamaicanos. Numerosos clásicos del calipso de Trinidad, adaptados al contexto cultural jamaicano, se convirtieron en "hits" del *reggae*.

La trayectoria de este movimiento es inseparable de la de Marcus Garvey. Nacido en la parroquia de St-Anns, Garvey expresó tempranamente su decisión de elevar las condiciones de vida de los desheredados (ver artículo de la pág. 42). En 1916 se radicó en Estados Unidos y allí creó una impresionante organización, con la que esperaba poder resolver los problemas de los negros de Estados Unidos, e incluso del mundo entero.

Las autoridades norteamericanas intentaron poner atajo a la expansión de su influencia, introduciendo la división en las filas de sus seguidores. Garvey fue acusado de estafa, detenido y luego expulsado de Estados Unidos. Cuando en Jamaica hubo de partir nuevamente de cero, se dice que declaró: "Miren hacia Africa; allí va a ser coronado un rey negro; el día de la liberación está próximo".

Hojeando la Biblia, sus discípulos comprendieron lo que quería decir cuando evocaba los pasajes que hablan de Etiopía, de la ruptura de los siete sellos y, especialmente, los que se refieren al "León de Judea, raíz

de David". Para su coronación, en 1930, Ras Tafari reivindicó para sí los títulos honoríficos de la antigüedad: León Conquistador de la Tribu de Judá, Rey de Reyes, Señor de los Señores... Pero ya antes de la coronación de Hailé Selasie, el etiopismo había contribuido a convencer a los negros de que los europeos falsificaban la historia, presentando a los pueblos de Africa como si fueran salvajes, incapaces de hacer aporte alguno al desarrollo de la cultura y de la civilización mundiales. Esta toma de conciencia se tradujo en el rechazo de la Biblia, considerada como un instrumento europeo de sojuzgamiento moral, y en una búsqueda de nuevos sistemas religiosos que se inspiraran en los del Africa ancestral. Muy numerosos fueron los escritos sobre el asunto y grande el interés que el tema despertó en las masas. El debate sobre la cultura africana cobró amplitud, como anticipo de la decisión de los negros de regir sus propios destinos.

La coronación de Selasie dio origen a una nueva religión. Sus primeros apóstoles fueron Leonard P. Howell, Joseph Nathaniel Hibbert y H. Archibald Dunkley, quienes hubieron de hacer frente a las iras de la sociedad oficial, siendo hostilizados, perseguidos, encarcelados y físicamente agredidos, hasta el punto de que se les llegó a cortar sus largas trenzas. El movimiento rastafari tenía un contenido filosófico cuyos alcances no se limitaban sólo a Jamaica. En Afroamérica, en Africa del Sur, en Antigua ese contenido se vio enriquecido por el aporte de numerosos eclesiásticos negros, empapados de la doctrina de Garvey y su concepción etiopista.

Desde el punto de vista filosófico, el movimiento rastafari era esencialmente anticolonialista y entrañaba una reafirmación de la historia social y cultural africana. Sus soluciones religiosas y políticas giraban en torno a la figura central de Africa, Hailé Selasie, hombre de origen divino, entre cuyos lejanos antepasados, por línea directa, se hallaban el Rey Salomón y la Reina de Saba. Poco importa, para el significado que llegó a adquirir su figura, que Selasie fuera o no un déspota. Lo cierto es que el movimiento generado en torno a su nombre tenía carácter revolucionario, en cuanto que negaba el mito del rey blanco y la posición privilegiada de Europa.

Para los adeptos del movimiento rastafari, en busca de autenticidad cultural, el in-

terpretar canciones y música originarias de Europa habría sido un absurdo. Por ello crearon sus propias canciones, basadas en los salmos de la Biblia y en sus propias experiencias religiosas. Los burrus, descendientes de los ashantis de Ghana, habían conservado intactas en Jamaica sus formas tradicionales de percusión. Los rastafaris les aportaron una nueva religión, recibiendo de ellos, a cambio, la percusión africana. Escenario de estos sucesos culturales y religiosos eran los barrios marginales de West Kingston, en que vivían los pobres y los parias de la sociedad.

Hoy como ayer, el *reggae* no se limita a un solo concepto musical ni a una sola temática. Habla del amor y de la muerte, de la destrucción y de la guerra, y de multitud de otros temas. Pero se vincula indisolublemente con la lucha de los negros del mundo entero por su liberación política. Y cuando habla de liberación, esa música no sólo se refiere a las limitaciones que coartan la existencia del hombre negro.

Los negros de todos los continentes han hecho suya esta música. Los que, por ejemplo, viven en Europa toman parte activa en su desarrollo. Le añaden nuevas ideas instrumentales y la abren a nuevas dimensiones, integrando en ella las experiencias de otros estilos, como el *soul* y el jazz afronorteamericanos. En la vida de todas las comunidades negras repartidas por el mundo la música ocupa un lugar incontestable. En América y en Europa la música ha dado fuerza y valor a las víctimas del racismo y de los prejuicios, instándolas a resistir a la adversidad.

El estilo de la música jamaicana cambia día a día. Surgen nuevas modalidades en la combinación de la batería y el bajo eléctrico, los dos instrumentos fundamentales en la actualidad. Los intérpretes negros, y especialmente los jamaicanos, se distinguen por sus formas propias de cantar y de improvisar. Es indudable que Bob Marley, fallecido recientemente, contribuyó mucho a la popularidad mundial del *reggae*, sin comprometer su significado político. Pero esa música va más allá de Bob Marley. Ella expresa la gran riqueza espiritual del mundo negro y su aspiración profunda a un futuro de justicia y libertad. Mientras el sufrimiento siga siendo la norma en la vida de los negros, el *reggae* tendrá un sentido para la condición humana.

S. Clarke



Foto © D. Ceyrac, París

Rostros caribeños



Foto © D. Ceyrac, Paris



Fotos © Alan Hutchison Library Ltd., Londres



Fotos Michael Friedel © Rapho, Paris



Foto Ted Spiegel © Rapho, Paris



Foto © D. Ceyrac, Paris